



EL HOMBRE PERPLEJO

Adaptación y cambio de actitudes
de los hombres, ante el
ascenso social de las mujeres

Un informe del
TALLER DE ESTUDIOS SOCIALES Y TERRITORIALES SL

Director del proyecto y autor del texto:

Artemio Baigorri

Equipo de trabajo:

Artemio Baigorri

Ramón Fernández

Javier Luna

Junta de Extremadura

Consejería de Cultura y Patrimonio

DIRECCIÓN GENERAL DE LA MUJER

1995

Este estudio ha sido promovido y financiado por la Dirección General de la Mujer, siendo su directora Doña Pilar Barrientos, coordinando las relaciones entre este organismo y el equipo técnico Doña Concha Alvarez, socióloga de la DGM.

La DGM y el equipo técnico quieren agradecer su colaboración al centenar de hombres que han participado en los grupos de discusión, los cuales nos han aportado la mayor parte de las ideas que se reflejan en este trabajo.

El equipo debe agradecer también, y muy particularmente, las sugerencias aportadas en la fase inicial de la investigación por el profesor Miguel Clemente Díaz, del Departamento de Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid.

Eedita:

Consejería de Cultura y Patrimonio de la Junta de Extremadura, Dirección General de la Mujer

C/Almendralejo, s/n, Tfno. 381222/381238, Fax. 381324

Realización, composición y diseño:

TESYT (Taller de Estudios Sociales y Territoriales SL)

C/Menacho, 28,2º, dcha, 06002 Badajoz, Tfno 223114, Fax. 221893

Impreso en:

La Minerva Extremeña-Gráficas Barrena. Badajoz. Tfno. 222349

Depósito legal: BA-249-1995

ISBN: 84-605-3750-1

Índice

Introducción	5
Presupuestos Teóricos	11
El Estudio de Los Hombres	31
Metodología Utilizada	37
Apuntes Sobre el Cambio Social en Extremadura	41
Los Grupos de Discusión (resultados)	47
In-Conclusiones	85

La paginación en el índice se corresponde con la paginación en el libro impreso, la cual no coincide con esta versión.

INTRODUCCIÓN

En 1993 la Dirección General de la Mujer (DGM) encargó un estudio, realizado por el Taller de Estudios Sociales y Territoriales SL (TESYT), sobre la situación de la mujer en Extremadura, y sobre los cambios que se habían producido en este colectivo respecto de 1986, año en el que la Asamblea de Extremadura realizó una primera encuesta sobre la situación de la mujer.

El estudio se publicó con el título de *Mujeres en Extremadura*, y en el mismo se mostraban profundas transformaciones en la sociedad extremeña, tanto en lo que a la situación general de la mujer se refiere, como en la autovaloración de éstas a nivel individual y como colectivo, así como en sus actitudes y expectativas hacia la plena integración en la sociedad.

Sin embargo, la investigación ponía también de manifiesto la pervivencia de situaciones de desigualdad -e incluso marginación-, tanto latentes como explícitas, particularmente en ciertos ámbitos de la sociedad. Por un lado en el ámbito de lo privado (el hogar), donde el reparto de responsabilidades y tareas aún está muy lejos de ser igualitario. Por otra parte, y en lo que hace a la incorporación de la mujer a ciertos sectores profesionales y de poder, los datos demostraban que su presencia real no se corresponde, en los centros de poder, ni con el marco normativo, ni con el discurso ideológico que proclama la sociedad en su conjunto.

De entre las conclusiones teóricas obtenidas a partir del manejo de la información recogida cabe destacar la hipótesis de que cada logro alcanzado por las mujeres debe ser *comprado* mediante esfuerzos suplementarios. Así, se afirma que "*la mujer, para liberarse auténticamente, tomar conciencia de su condición de ser humano independiente, y sobre todo adquirir, en su relación familiar, los derechos que le corresponden, debe salir de casa, trabajar y aportar ingresos a la economía familiar*"⁽¹⁾.

Si ello es efectivamente así, querría decir que los cambios no se estarían produciendo como resultado de una especie de nuevo contrato social entre los sexos, sino a consecuencia más bien de un proceso continuado e inacabable de conquista, por parte de las mujeres, de sus derechos. Lo que implicaría la necesidad, por parte de los hombres, de proceder a un reacomodo no sólo de roles, sino asimismo de convicciones, presupuestos ideológicos, incluso fundamentos filosóficos, del que sí se ha de derivar, a la postre, el nuevo contrato social.

En suma, tomar conciencia de que *el hombre* no representa ya a *la humanidad*, sino a algo menos de su mitad. Y sobre todo tomar conciencia de que los cambios que se están produciendo en la relación entre los sexos conllevan a la postre beneficios para el conjunto de la humanidad, es decir con independencia del género; como de hecho así ha ocurrido en todos los procesos civilizatorios por los que diversos colectivos han accedido a la plena ciudadanía.

La evidencia muestra que a los hombres les cuesta alcanzar este nivel de conciencia, y sobre todo que les está costando más que a las mujeres, lo cual es lógico en la medida en que supone asumir la pérdida de una serie de privilegios.

De ahí que diversos análisis empíricos hayan mostrado cómo *"los hombres son consistentemente más tradicionales que las mujeres en actitudes y comportamientos"*⁽²⁾.

Hasta qué punto los hombres están asumiendo estos cambios con plena consciencia, o siguen conservando actitudes profundas que sólo se ven atemperadas por la presión de la opinión pública y la nueva ideología dominante, era una cuestión que surgía inevitablemente en el estudio sobre las mujeres en Extremadura. Retomando las palabras con las que finaliza el último capítulo del libro, *"del mismo modo que, en las sociedades, sólo el camino en la dirección de la igualdad permite un desarrollo armónico de las potencialidades de los seres humanos, asimismo en el marco familiar tan sólo una participación igualitaria (...) permite un desarrollo armónico y en libertad de todas las partes: mujeres, hombres, niñas, niños... Falta saber, y ello constituye sin duda un objeto de estudio tan interesante como el que nos ha ocupado, hasta qué punto los hombres extremeños lo están entendiendo así"*⁽³⁾.

Es bajo estos presupuestos bajo los que se propone a finales de 1993 un programa de trabajo, bajo el título genérico de *Terciopelo azul*, dirigido en primer lugar a analizar los cambios de actitudes de los hombres hacia los nuevos roles asumidos por las mujeres. Este análisis debería servir de punto de partida para la concepción de nuevas medidas dirigidas a acelerar dichos cambios, así como de materiales útiles para el diseño de campañas institucionales de concienciación.

En principio, por tanto, podrían tomarse como objetivos del programa, simultáneamente, los siguientes:

1º) Determinar empíricamente los niveles de cambio operados en las actitudes masculinas respecto a las mujeres, especialmente en lo que se refiere a la igualdad entre sexos en los ámbitos público y privado de la sociedad extremeña.

2º) Provocar la reflexión y autocrítica en grupos de liderazgo social, abriendo vías para la asunción y difusión de las nuevas actitudes y nuevos valores humanos.

Para intentar alcanzar estos objetivos, y sobre la base de las conclusiones obtenidas en el estudio *Mujeres en Extremadura*, así como de la literatura científica existente sobre la materia, en el diseño inicial del programa se partía de dos principios, que justifican en sí mismos el proyecto y orientan su acción:

1º) La igualdad de hombres y mujeres ante la ley está consagrada en España por la Constitución y, de forma creciente, por el propio desarrollo legislativo y normativo en general.

2º) La consecución de la igualdad real tan sólo puede darse a través de la asunción por los hombres de un nuevo papel en el marco de una sociedad igualitaria cuya forma definitiva no está aún decidida. La igualdad no es una tarea de las mujeres, sino de los seres humanos de ambos sexos. Esto es, los objetivos igualitarios no pueden alcanzarse en el marco de una lucha intergrupal, sino de una superación dialéctica y evolutiva del conflicto de intereses. La participación de los propios hombres en el proceso, especialmente de aquéllos que cumplen funciones de liderazgo y proyectan modelos de comportamiento, es por ello determinante.

A partir de estos postulados, se consideran cuatro hipótesis de partida:

1) Dos hipótesis, verificadas por el estudio previo sobre la situación de la mujer, y que se estima verificables en nuevos análisis:

a) las mujeres han avanzado en proporciones notables en su inserción igualitaria en muchos campos de la sociedad

b) las mujeres no están presentes en todos los ámbitos de la sociedad en proporción a su peso demográfico, a su preparación, y a su disponibilidad para asumir responsabilidades

2) Dos hipótesis no verificadas, pero que se estima verificables en el marco analítico del programa:

c) el comportamiento de los hombres está cambiando, en la dirección de una mayor asunción de los derechos iguales de las mujeres, y en el sentido de una modificación de la comprensión de roles masculino/femenino

d) estos cambios no tienen todavía una incidencia notable en las actitudes profundas, ni en los hábitos sexistas (discriminadores en razón de sexo).

Es sobre esta base sobre la que, en septiembre de 1994, se inicia una primera investigación aproximativa sobre cambio de actitudes en los hombres, cuyos resultados se recogen en esta publicación, y que pretende aportar materiales tanto para el diseño de políticas de acción pública como, sobre todo, para posibilitar nuevas investigaciones de detalle con mayor profundidad.

PRESUPUESTOS TEÓRICOS

En el caso del *conflicto femenino* se verifica plenamente la hipótesis de Dahrendorf, según la cual una vez puesta en marcha una reivindicación de lo que él denomina *titularidades*, en suma de derechos civiles, políticos o sociales, por un colectivo o una clase, y desencadenado el conflicto, al final acaba pasando algo.

Según nos explica Dahrendorf, *"la razón no es que esté en llamas todo el país, o incluso que los que carecen del derecho hayan obtenido una misteriosa mayoría. Su mayoría permanece siendo invisible en los pasillos del poder y para los que se resisten a cambiar de mentalidad. Lo hacen a regañadientes, en parte porque esperan librarse de una presión que se ha convertido en un fastidio, en parte porque creen que pueden poner a su favor la energía implícita en la protesta (...) Una vez se ha emprendido la acción del cambio, una mayoría siente que es esto lo que ha deseado siempre"*⁽⁴⁾.

En el caso del conflicto de los sexos parece que, efectivamente, está *pasando algo*; ni de forma tan acelerada como querrían la inmensa mayoría de las mujeres, ni tan lentamente como querrían buena parte de los hombres, pero en cualquier caso de forma imparable.

Ni siquiera los periodos involutivos política y moralmente, como el promovido por Ronald Reagan durante los años '80 en los Estados Unidos, pueden detener este proceso. Como han puesto de manifies-

to algunas investigaciones, irremisiblemente "*las expectativas de una generación se materializan en la siguiente*"⁽⁵⁾, lo que nos hace pensar que ese proceso no puede detenerse tampoco en nuestra sociedad, en la medida en que sigue las pautas socioculturales del resto de las sociedades democráticas occidentales⁽⁶⁾.

Pero, a partir de esta convicción, se plantea una cuestión importante, en el marco de este proceso de cambio de actitudes.

¿Hasta qué punto la asunción por parte del hombre de los nuevos valores imperantes bajo la perspectiva del género, supone, o puede llegar a suponer, algún tipo de *pérdida* de algo a lo que pudiera denominarse el *ser masculino*, si es que éste existe?.

El conocer cómo es sentido este proceso por los propios protagonistas parece esencial para descubrir, dicho en términos más antropológicos que sociológicos, *lo que queda del hombre*. Aspecto éste que estimamos crucial, en la medida en que muchas de las resistencias psicosociales a la igualdad se basan en atávicos -por más que puedan ser considerados como culturalmente producidos- miedos a la pérdida de la masculinidad.

Ello podría suponer, en este sentido, tanto alguna especie de crisis de identidad masculina -del tipo de la que en las pasadas décadas se ha atribuído a las mujeres a consecuencia del proceso de cambio social⁽⁷⁾- como, en un sentido diametralmente opuesto, el desarrollo de lo que, especialmente desde la psicología, se ha definido bajo el concepto de *androginia*; término acuñado por Sandra Bem a principios de los años '70, y basado en el principio de que "*los individuos andróginos, al poseer un repertorio más amplio de comportamientos, tanto masculinos como*

femeninos, podrían adaptarse de forma más satisfactoria a las exigencias situacionales que aquellos individuos con otro tipo de orientación hacia el rol sexual"⁽⁸⁾.

O lo que es lo mismo, esa doble tarea que según hemos señalado afecta a los dos sexos, no equivale a un proceso de *nivelación*, por el que las mujeres *ascienden*, y los hombres *descienden*, alguna especie de escalones. Sino que exige la definición de nuevos modelos culturales -en tanto estimamos que dichos modelos son culturalmente, y no genéticamente, producidos- tanto de masculinidad como de feminidad, que no entren en colisión con el modelo de humanidad que el racionalismo democrático viene construyendo desde hace dos siglos.

Un modelo según el cual no existirían valores atribuibles a uno u otro sexo, ni siquiera a uno u otro género. Pues como tempranamente advirtió Simone de Beauvoir, todo este proceso de cambio social "*no tendría ningún sentido si supusiéramos que pesa sobre la mujer un destino fisiológico, psicológico o económico*"⁽⁹⁾. Ello implica la capacidad, por parte de los hombres⁽¹⁰⁾, de asumir que uno y otro género ostentan por igual tales valores, frente a quienes -desde posturas sexistas que se perciben por igual en gentes de ambos sexos- consideran que las diferencias fisiológicas serían un último bastión determinante de valores diferenciales que, en último término, podrían llegar a justificar roles asimismo diferenciales. Como ha puesto de manifiesto Luc Ferry, al oponerse al ecofeminismo radical, "*a fuerza de insistir en la 'naturalidad' de la mujer, se corre sencillamente el peligro de reconducir los tópicos más trasnochados sobre la 'intuición femenina', la vocación para la maternidad y el irracionalismo (...). Afirmar que la mujer es más 'natural' que el hombre es negar su libertad y, con ello, su pertenencia plena*

y total a la humanidad"⁽¹¹⁾. De ahí que proponga a cambio -bajo el supuesto de que la propia definición del feminismo correspondería por igual a todos los seres humanos racionales⁽¹²⁾- "un feminismo humanista (se niega a confundir humanidad y animalidad), igualitario (las mujeres están tan poco sujetas a las determinaciones de la naturaleza como los hombres), y republicano (mediante la liberación de la esfera de las determinaciones particulares de la naturaleza en general se accede a lo universal de la cultura y de la ética)"⁽¹³⁾.

Si todo esto es de este modo, tendríamos que esperar encontrar en los hombres, pasado el pavor provisional que todo profundo cambio social supone, una especie de alivio de lo que Herb Golberg ha denominado "el yugo de la condición masculina"⁽¹⁴⁾, y ello contradiciendo la tesis de este mismo autor, para quien "el hombre en nuestra cultura se encuentra en un atolladero de cara a su desarrollo. No saldrá de ahí, y no porque quiera proteger celosamente su lugar bajo el sol, sino porque es **incapaz** de hacerlo"⁽¹⁵⁾.

Algunas investigaciones localizadas -muy parciales y difícilmente extrapolables- sugieren de hecho un proceso de acercamiento, en las poblaciones más jóvenes, entre las actitudes de roles sexuales de hombres y mujeres, dependiendo no tanto ya de la propia diferenciación sexual -sin que ello implique una total identificación de actitudes-, como de otro tipo de determinantes socioeconómicos y culturales⁽¹⁶⁾.

No estamos completamente seguros de haber alcanzado los objetivos propuestos. Pero creemos intuir, a partir de las numerosas opiniones recogidas, una elevada probabilidad de que los hombres se incorpo-

ren plenamente a la dirección del cambio. Como se verá en las páginas siguientes, en términos globales los hombres pertenecientes a los grupos sociales que lideran y van a liderar la sociedad están por la labor.

Sin embargo, ello no quiere decir que deba rebajarse la presión de los colectivos organizados de mujeres, pues queda todavía extender las nuevas actitudes al resto de la sociedad. Por otro lado queda el hecho evidente de que, en la mayoría de los sectores, la plena incorporación de las mujeres a las áreas de poder sólo podrán obtenerla tras una fase de apoyo mutuo y a través del conflicto microsocia. Pero los primeros pasos, los más difíciles, hacia una sociedad en la que la vida de hombres y mujeres no esté marcada a priori por roles establecidos, están dados. Bienestar económico y relativamente elevado nivel cultural son los elementos que, como en tantos otros derechos civiles y/o sociales, determinan el cambio de actitudes. Así se ha puesto de manifiesto en algunas investigaciones trans-culturales realizadas en países en proceso de desarrollo⁽¹⁷⁾, del mismo modo que se ha percibido cómo las dificultades económicas pueden provocar una ralentización del cambio de actitudes⁽¹⁸⁾.

Estos planteamientos implican, obviamente, unas bases epistemológicas que han determinado, a su vez, nuestra metodología de estudio.

Nos situamos en una posición desde la que consideramos que las relaciones entre seres humanos, la acción social, y por tanto también las relaciones entre hombres y mujeres, se basan en algo más que en el mero cálculo maximizador que se proclama desde la nueva teoría de las *estrategias*, plasmación casi sociobiologista de los paradigmas neoliberales y cuasidarwinistas de Hayek y Friedman, que ha ex-

tendido su dominio en los últimos años sobre todo en la Sociología de la Familia, y, por derivación, de forma creciente también en la Sociología del Género⁽¹⁹⁾.

La teoría de las estrategias se basa en un paradigma según el cual la acción social no es sino el producto del agregado de acciones individuales, basadas en la elección racional de cursos alternativos orientadas a la maximización en la adaptación a entornos materiales y sociales⁽²⁰⁾. Para los *estrategistas* no existen las fuerzas sociales, los grupos sociales, en suma *lo social*, como entes distintos del mero agregado. Los individuos y los agregados se mueven en una especie de vacío en el que irían construyendo su propia vida a voluntad. Nadie lo ha expresado con menos complejos que Milton Friedman: "*Todos nosotros tomamos cotidianamente decisiones que implican un riesgo. A veces éste en grande, como cuando decidimos a qué ocupación dedicarnos, con quien casarnos, comprar una casa o no, o hacer una inversión importante*"⁽²¹⁾; y si escogemos a Friedman, en lugar de a un sociólogo, para expresar esta idea, es porque los propios sociólogos que utilizan este tipo de teorías reconocen que sus desarrollos teóricos "*no pueden ser separados de lo que a veces se ha llamado, un tanto despectivamente, el 'imperialismo de los economistas', (...) Y ello no tanto por economicismo como por ser el mercado la metáfora mejor adaptada para analizar la arena del comportamiento estratégico: actores que toman decisiones con independencia de los demás sujetos*"⁽²²⁾.

Y es cierto que la Sociología ha estado siempre lejos de todo reduccionismo, sean el economicismo, el psicologismo o cualquier otro. Uno de los padres de esta ciencia, Max Weber, que justamente intentó huir de los dos reduccionismos citados, fue el primero en plantear el modelo de la elección racional o,

como él lo denominó, la *"orientación racional de la acción social"*, reconociendo la existencia de un sistema de orientación racional hacia fines individuales para la obtención de fines racionalmente elegidos por el actor. Pero junto a este modelo de acción halló la presencia, también, de una *"orientación racional hacia un sistema de creencias (ético, estético, religioso...)"*, así como señaló la existencia de acciones sociales conducidas en términos de *"orientación emocional o afectiva"*, y en cuarto lugar acciones con una *"orientación tradicional, a través del hábito de una larga práctica"*⁽²³⁾.

En cierto modo la teoría de las estrategias vacía de contenido la Sociología, convirtiéndola casi en una Etología. Homans, reduccionista psicológico, y uno de los propagadores del neoconductismo que tanto ha inspirado a los sociólogos de la elección racional, reconoce que quienes se amparan en este modelo unidimensional de la acción social olvidan que hay unos valores, que algún origen deben de tener; olvidan la retroalimentación, que hace histórica la acción (no sólo de los individuos, sino de los grupos); y sobre todo no prestan atención a las conductas emocionales. Para este teórico el modelo de la elección racional es un conductismo imperfecto, y desde luego *"los intentos de explicar la acción humana no pueden permitirse ignorar tales cuestiones"*⁽²⁴⁾.

En realidad, y como Etología, los estrategistas sitúan a los individuos en un espacio inexistente, en tanto pre-social. Desde el paradigma del materialismo cultural también se considera de suma importancia el objetivo de adaptación al medio, que conlleva acciones que son analizadas por el sujeto en términos de coste-beneficio. Pero, y en la medida en que nos hallamos en sociedades históricas, desde la perspectiva materialista cultural se reconoce que diversas

superestructuras inciden como mediadoras en esos procesos de decisión.

Naturalmente, en esa especie de éter social -sin estructuras ni superestructuras, sin determinantes objetivos externos al sujeto- que nos proponen los estrategistas, deberíamos considerar en suma a los seres humanos no como elementos de formaciones sociales dadas, sino como *"individuos racionales y maximizadores con idénticas características de partida"*⁽²⁵⁾. En cierto modo, todos y todas seríamos *self-made men* y *self-made women*. Y de ello, y en lo que al ámbito que ahora nos preocupa se refiere, se deriva ineludiblemente la creencia de que las mujeres están donde están porque eligen estar donde están. Efectivamente, *"Si, como ha ocurrido tradicionalmente, las mujeres tienden a dedicar una proporción menor de su vida activa al mercado de trabajo, el comportamiento maximizador les llevaría a acumular menos capital humano de mercado y más capital humano doméstico que los varones. Y ello sin necesidad de tener que recurrir a ningún tipo de comportamiento discriminatorio por parte de los agentes económicos, simplemente en función de las diferentes expectativas de asignación del tiempo a lo largo del ciclo vital por parte de hombres y mujeres"*⁽²⁶⁾ (las negritas son nuestras).

En realidad -llevemos la revisión epistemológica a sus fundamentos filosóficos- estos presupuestos tienen mucho que ver con el aserto postmoderno -"lo que no depende de nosotros nos es indiferente"⁽²⁷⁾-, y en mucha mayor medida con la versión postmoderna ligera -por pretendidamente comprometida- de Savater, que propone el cuerpo como raíz y frontera, la *"asunción de la fundamental permanencia y universalidad de la naturaleza humana, inmodificable"*, el *"culto simultáneo e interrelacionado a un cierto escepticismo y una parcial tolerancia"*, y como co-

rolario un utilitarismo hedonista: *"ningún grupo humano puede reivindicar designios superiores a los que deba inmolar el bienestar real"*⁽²⁸⁾. En este marco, creemos que de hecho sería interesante aplicar el individualismo metodológico, que ellos mismos proclaman, para explicar la adscripción de algunos científicos sociales a la teoría de las estrategias.

Pero sobre todo, los presupuestos sobre los que se sustenta la teoría de las estrategias, y en general la teoría de la elección racional, son falsos.

Tanto en lo que se refiere a las mujeres, como a los propios hombres, no es cierto que los individuos se sitúen en una especie de pista de salida unidireccional. Por una parte, resulta obvio que no todos los individuos tienen los mismos objetivos, ni entienden en los mismos términos la maximización. Como puso de manifiesto Kennett Arrow, *"no parece que tenga sentido sumar la utilidad de un individuo, una magnitud psíquica que pertenece a su mente, y la utilidad de un individuo diferente"*⁽²⁹⁾. O como venía a decir Benham, el padre del utilitarismo, *"la felicidad de una persona no será nunca la felicidad de otra persona: una ventaja para uno no es ninguna ventaja para otro: sería como querer sumar 20 manzanas con 20 peras..."*⁽³⁰⁾. En realidad, el supuesto individualismo metodológico radical de los estrategistas, basado en el utilitarismo, entra en contradicción y se cae por su peso en la medida en que justamente niega la diferencia: *"una consideración adecuada de las necesidades nos obliga a dar un valor de diferencia a cada uno de los miembros de la sociedad"*⁽³¹⁾.

De hecho, no todas las personas, ni hombres ni mujeres, buscan la maximización de sus expectativas, si es que siquiera las tienen. Creemos, por el contrario,

que el número de seres humanos que simplemente *se dejan llevar* por la marea de la vida, sin esperanza alguna -¿qué es una expectativa, sino una esperanza?- es cada vez mayor. Y junto a ellos hallamos -muy tempranamente los hallaron Wirth y Simmel cuando se preocuparon por el urbanismo como modo de vida- un no menos importante porcentaje de hombres y mujeres que desconectan desde su más tierna infancia toda capacidad de cálculo e incluso de decisión, dejando su vida al arbitrio de los conductores sociales -escuela, medios de comunicación de masa, estado...-, en suma de las fuerzas sociales. Considerar que ese dejarse llevar, o el dejarse conducir, constituyen de hecho estrategias de maximización, es dar un peligroso salto en el vacío.

Hay a su vez personas -por más que los *estrategistas* parece que no consiguen verlas- que ordenan sus acciones de forma racional, y en términos de coste-beneficio, pero bajo el tamiz -más influyente en unos casos que en otros- de los sistemas de creencias -ideológicas, políticas, religiosas...- que les impulsan. Al fin y al cabo, el propio Popper -otro de los padres ideológicos de los estrategistas- reconoce que el individualismo metodológico implica atender no sólo a las expectativas y relaciones de los individuos, sino también a sus actitudes⁽³²⁾. Actitudes que, hasta la fecha al menos, se consideran basadas, en una parte importante, en sistemas de creencia previos.

Por otra parte, y este es a nuestro entender el punto más importante que invalida las pretensiones monistas y casi *totalitarias* de los estrategistas, existe algo que, aunque expuesto antes por otros autores, Dahrendorf ha sintetizado muy bien bajo el concepto de *oportunidades vitales*⁽³³⁾. En cierto modo constituyen el conjunto de determinantes estructurales, y de mediadores superestructurales, de la acción humana,

que hacen que ésta sea socialmente determinada en su conjunto.

Dahrendorf divide las oportunidades vitales en *opciones* (que podríamos definir como el paquete de alternativas ofrecidas por las estructuras sociales a un individuo dado) y *ligaduras* (entendidas como la intensidad de integración del individuo en los grupos). A través de este concepto podría ser más viable la teoría de las estrategias, siempre que retengamos que únicamente a partir de la existencia de un cierto umbral de oportunidades vitales podríamos hablar de la utilización por los sujetos de estrategias de elección racional. En realidad, con ello no iríamos más allá de una versión individualista del paradigma del materialismo cultural de Marvin Harris, pero podría ser una solución de compromiso.

En cualquier caso, lo que nos interesa aquí resaltar no es tanto las posibilidades de superación de los límites de la teoría de las estrategias -por más que nos parezca importante esta cuestión-, como los presupuestos que sustentan nuestro propio trabajo. Baste por ello señalar por ahora nuestra creencia en que la interrelación entre todas las variables consideradas (valores y actitudes, expectativas y oportunidades vitales, fundamentalmente) es lo que determina la presencia de los cuatro tipos de orientación de la acción ya enunciados por Weber, pero que siguen estando en plena vigencia:

- Una orientación racional hacia fines individuales, que vendría a funcionar en los términos planteados por la teoría utilitarista de la elección racional, determinando la definición de estrategias mediatizadas por las diferentes expectativas y oportunidades vitales. Evidentemente, si las relaciones entre los sexos se rigen exclusivamente bajo este paradigma, debe-

mos dar a priori por imposible el proyecto igualitario que se persigue.

- Una orientación racional hacia un sistema de creencias (de carácter ético, estético, religioso, político, ideológico en suma) que conforma un sistema de actitudes socialmente adquirido. Esto conlleva la definición de estrategias no de carácter individual sino de grupo. Este modelo permite esperar resultados en un proceso de cambio de actitudes.
- Una orientación emocional, o afectiva, que convierte en totalmente aleatorios los resultados de la acción.
- Una orientación tradicional, sustentada en el hábito de una larga práctica. Este modelo es, obviamente, el que ha correspondido básicamente a la relación intersexual hasta hoy, y aún sigue imperando en amplios sectores.

Seguramente no sólo la acción social, sino incluso el modelo de acción individual más previsible, es una mezcla en proporciones variables de esas cuatro orientaciones; en suma, junto a la acción humana egoísta hay una acción humana solidaria, más interesada en la maximización del bienestar social que en el de sus expectativas de bienestar individual. Y en la medida en que ocurra de este modo, podemos considerar de interés analizar los procesos de cambio de actitudes entre los hombres, para intentar elucidar los mecanismos que coadyuvan en dicho cambio y poder contribuir con ello a su extensión a todas las capas sociales.

Obviamente, sólo si creemos que los hombres y mujeres se mueven por algo más que por criterios de maximización de su bienestar físico tiene sentido

intentar modificar aquellas actitudes que suponen un déficit civilizatorio. De otro modo ni tendría sentido este trabajo, ni tendría sentido la propia Sociología, ni tendrían sentido por supuesto las propias políticas sociales. Sólo quedaría la lucha de todos contra todos; la Etología y el mercado serían, en suma, lo manifiesto.

Frente a esa posición, casi cínica, seguimos creyendo que *"lo 'manifiesto' no agota el objeto de estudio, ya que hace falta dar cuenta, asimismo, de lo 'latente': el mundo no es lo que aparenta"*⁽³⁴⁾. Intentar descubrir las contradicciones latentes bajo las regularidades manifiestas es un programa mucho más interesante, para un sociólogo, que el de estudiar *la vida de las hormigas*.

Todo ello nos apunta hacia las virtudes del pluralismo cognitivo, por cuanto la realidad social se nos muestra, en esta cuestión que nos ocupa, especialmente compleja. Así, son diversas las *ideas-fuerza* que se manifiestan en la cuestión sociológica de los sexos, cada una de las cuales no puede aprehenderse en toda su profundidad sin atender a un paradigma o programa científico distintivo.

La base del problema está, a nuestro modo de ver, en las transformaciones que la sociedad debe hacer para adaptarse a las condiciones cambiantes de la infraestructura ecológica, en los términos planteados por el materialismo cultural de Harris⁽³⁵⁾. Estos son los aspectos determinantes, en último término, de los cambios sociales; por lo que en la base de todos los cambios sociales que nos preocupan en relación con *la cuestión del género* hay que situar la evolución tecnológica, los cambios ecológicos globales - imprevistos o inducidos-⁽³⁶⁾, las transformaciones en el modo productivo.

El papel autónomo que, como hechos sociales, adquieren las superestructuras, exigen un acercamiento desde la perspectiva estructural-funcionalista. Más allá de otras determinaciones y procesos, instituciones como la familia siguen cumpliendo funciones diferenciadas, específicas y cambiantes en la estructura social, en la medida en que la sociedad, sobre las propias bases ecológicas, tiende al equilibrio sistémico, en suma al mantenimiento y conservación de la sociedad-que no del *status quo*-. Y nos obliga a tener en cuenta desde el sistema de creencias al más difícilmente definible sistema de *producción social de expectativas*.

Ambas aproximaciones serían insuficientes si no tuviésemos en cuenta la teoría del conflicto, bien sea desde una perspectiva macrosociológica -la conflictual de Dahrendorf, o la integradora y funcionalista de Coser-, tanto como desde una perspectiva micro, ya que *"la peculiaridad básica de los hombres y mujeres, como grupos de conflicto, es que viven de manera más íntima unos con otros que entre miembros de un solo grupo. El conflicto objetivo debe tomarse en consideración dentro de la familia, así como en sus relaciones en la sociedad mayor"*⁽³⁷⁾.

Y, en último término aunque ello no indique un rango de menor importancia -*last but not least*-, resulta obvio que también la teoría de las estrategias es de útil aplicación en algunos de los aspectos considerados. Tanto en el marco de la sociología de la familia y del género -si tenemos en cuenta las limitaciones que ya se han señalado más arriba-, como en el propio marco del conflicto diádico en el matrimonio, donde hallamos *"una interacción entre los intereses perseguidos, el cumplimiento de los deberes del rol exigidos en la relación legalmente constituida y la dinámica real de las relaciones afectivas interpersonales"*⁽³⁸⁾.

Creemos que, a partir de los materiales obtenidos en nuestra pequeña investigación, es posible plantear nuevos programas de investigación que utilicen las diversas perspectivas sociológicas enunciadas. Las opiniones e ideas recogidas de los grupos de hombres que han participado en la investigación abren, en este sentido, nuevas vías.

Así, los trabajos basados en los conceptos dahren-dorfianos, o sus equivalentes, de oportunidades vitales, opciones y ligaduras, son de hecho los más abundantes, en la actualidad, en la literatura sobre los géneros. Aunque sigue siendo necesario ir un poco más allá de la descripción de las desigualdades, por ejemplo hacia la aplicación, medición y cuantificación de las diferencias de oportunidades, a la definición de las opciones vitales disponibles en función tanto del género como de la adscripción a otros status, y hacia el conocimiento de los mecanismos por los que se configuran las *ligaduras* grupales en hombres y mujeres. Y, en esta línea, es preciso asimismo realizar análisis transculturales, que permitan establecer modelos comparativos sobre la dirección del cambio actitudinal entre hombres pertenecientes a distintas culturas, clases sociales y grupos de status.

Mayor atención creemos que hay que prestar también, en el futuro, a las investigaciones en el marco del paradigma materialista-cultural. Los cambios ecológicos globales, la evolución -o revolución- tecnológica, y las transformaciones en el modo productivo que a su vez determinan, modifican tanto el sistema de creencias como las necesidades sociales de atribución de roles. Cabe analizar, por ejemplo, la relación entre infraestructura ecológico-tecnológica, demografía, nuevas necesidades productivas y status de los sexos -o de los géneros. O las determinaciones que han de derivarse de la decadencia de la fuer-

za metabólica como base productiva, que sitúa a quienes sólo poseen, como producto a ofertar en el mercado de trabajo, esa *fuerza bruta*, en los escalones más bajos del escalafón productivo, y en consecuencia en el más bajo nivel de status social⁽³⁹⁾. Y, desde luego, los cambios que la telemática y el trabajo domiciliario teleconectado van a producir en la capacidad de hombres y mujeres para organizar y coordinar sus calendarios productivo y reproductivo.

Asimismo, será necesario profundizar en el conocimiento de los elementos que configuran, en este nuevo marco socioproductivo, el equilibrio del sistema. Es preciso conocer los nuevos mecanismos de producción social de expectativas, para poder determinar los caminos de la desviación y la anomia en este nuevo marco; pues como el de la violencia contra las mujeres difícilmente pueden llegar a comprenderse -y por tanto difícilmente pueden desarrollarse programas tendentes a la modificación y/o desaparición de este tipo de conductas- sin este tipo de análisis. Del mismo modo que es preciso investigar sobre las nuevas funciones de instituciones como la familia, así como detectar la aparición de nuevas instituciones sociales que regulan la *integración sexual* como instrumento de integración social. O preguntarse sin pudor -puesto que la sociología, que estudia lo latente, lo oculto, no puede ser pudorosa- sobre si es el estilo de *lo políticamente correcto*, referido al ámbito del género y el sexo, una nueva forma rampante de conformismo social.

Sólo sobre estas bases propuestas podremos analizar las nuevas formas -y funciones, desde una perspectiva estructuralfuncionalista- que viene adoptando el *conflicto intersexual*, y de qué modo dicho conflicto se está manifestando, bien sea como un mecanismo de cambio social, bien como un mecanismo de integración. Tanto en el marco macrosocial como en el

marco micro -propio de la psicología social de los pequeños grupos- de las unidades familiares, donde también el conflicto⁽⁴⁰⁾ puede ser un factor tanto de cambio como de integración.

EL ESTUDIO DE LOS HOMBRES

Es un hecho admitido que, salvo escasísimas excepciones, han sido los hombres quienes, desde hace siglos, han venido estudiando las sociedades y los hechos sociales. Desde hace algo más de un siglo, las mujeres constituyen uno de los más importantes *hechos sociales* a estudiar, y a dicha tarea se han aplicado tanto algunos hombres como, de forma creciente, muchas mujeres. La literatura sociológica y psicosocial sobre *las mujeres* alcanza ya proporciones impresionantes en todas las culturas del planeta.

Sin embargo, sólo muy recientemente ha surgido la preocupación -o el interés- por el estudio de *los hombres*.

Dejando a un lado algunos escasos intentos en los siglos XVIII y XIX, generalmente reactivos a las propuestas liberadoras de algunas mujeres, y cuya única finalidad estribaba en intentar demostrar una superioridad intrínseca del hombre sobre la mujer, puede decirse con cierta seguridad que, antes de finales de los años '60, jamás los hombres se habían interesado por estudiarse a sí mismos en cuanto clase diferenciada de la especie humana o, según decimos ahora mismo, en tanto que género.

Es de hecho realmente difícil, atendiendo a las bibliografías que se han manejado, encontrar obras sobre esta cuestión anteriores a 1970⁽⁴¹⁾.

A partir de esta fecha, sin embargo, los títulos son relativamente abundantes en la literatura científico-social anglosajona, pero siguen siendo todavía hoy muy escasos en Europa, y casi inexistentes en España⁽⁴²⁾.

Básicamente, los pocos estudios sobre los hombres que hemos podido consultar se orientan en dos direcciones: el grueso de los trabajos se ocupan de *medir*⁽⁴³⁾ el cambio de actitudes de los hombres hacia el nuevo estatus alcanzado por las mujeres como colectivo⁽⁴⁴⁾, y es en este campo en el que encontramos el único estudio, ya citado, realizado (o al menos publicado) en España⁽⁴⁵⁾. Este tipo de trabajos son realizados, indistintamente, por hombres y mujeres, y de forma más habitual por parejas o equipos de investigación mixtos. Para ello, la psicología anglosajona ha desarrollado, desde los años '60, diversas escalas de actitudes hacia las mujeres⁽⁴⁶⁾.

El problema esencial de estos estudios estriba en la dificultad para medir el propio cambio, habida cuenta de la escasez de estudios sobre épocas anteriores que permitan construir series temporales. Tan sólo en los Estados Unidos se dispone de algunas encuestas sistemáticas en los años '60, especialmente en ámbitos juveniles (adolescentes y universitarios), con lo que pueden estudiarse variaciones en un lapso de tiempo relativamente amplio. Pero en el caso de España la inexistencia de datos con los que comparar es total. De los años '60 lo más cercano a estas cuestiones que se conoce es una encuesta del Instituto de Opinión Pública sobre la distribución de la autoridad en el seno de la familia⁽⁴⁷⁾. Todavía el In-

forme FOESSA de 1970 no se ocupa de esta cuestión, a pesar de percibir el notable incremento "*en la actividad extrahogareña de la mujer que está teniendo lugar desde 1950*"⁽⁴⁸⁾. Y la relativamente abundante literatura sobre la familia (a partir, sobre todo de los trabajos de Salustiano del Campo) publicada en España en los años '70 no suele recoger datos cuantitativos actitudinales que puedan facilitar una medición del cambio.

La segunda orientación, también de orden psicosocial, agrupa en realidad dos líneas de trabajo muy distintas, aunque unificadas en la preocupación por la cuestión de los roles sexuales.

De una parte hallamos una línea de investigación, particularmente psicologista, sobre los fundamentos de la diferenciación de los roles sexuales⁽⁴⁹⁾, y en general las categorías de roles sexuales de Bem. Los supuestos dominantes en esta línea de investigación son los de que "*la clara diferenciación entre las características de personalidad atribuibles a uno y otro sexo, así como su marcada delimitación a determinados roles sexuales, no sólo han servido para coartar las experiencias vivenciales de la mujer, como siempre se ha venido afirmando, sino también las del hombre desde los primeros años de su existencia*"⁽⁵⁰⁾. Habiéndose desarrollado numerosas investigaciones en las que se ha mostrado, también en la sociedad española, cómo los ajustes de pareja, es decir las relaciones al nivel más micro (doméstico) entre los sexos, funcionan mejor "*donde tanto un miembro como el otro habían sido categorizados como andróginos, o en aquellas en donde al menos uno de sus miembros presentaba un alto grado de características tanto masculinas como femeninas, siendo sin embargo las parejas peor ajustadas aquellas en donde tanto el hombre como la mujer presentaban una orientación sexualmente tipificada*"⁽⁵¹⁾.

Una segunda línea orientada a los roles, en la que la práctica totalidad de los trabajos vienen firmados por hombres, muestra justamente la preocupación por los problemas psicosociales que el acelerado cambio en el reparto de roles, y la consiguiente pérdida de la supremacía masculina, viene provocando en parte de la población masculina, particularmente entre quienes no quieren, no saben o no pueden reconvertir sus actitudes en la dirección de la androginia. Ello puede plantearse desde una perspectiva de autoayuda, como la de Herb Goldberg, quien escribe *"con la esperanza (...) de hacer consciente a cada hombre de cómo se niega y se destruye a sí mismo diariamente. Sólo entonces podrá realizarse plenamente como persona y aprender a ser un amigo y compañero, tanto de los varones como de las mujeres"*⁽⁵²⁾. O puede hacerse desde la provocación intelectual (muy característica de la literatura social francesa), como lo hace Yves Roucaute, para quien estamos entrando en *"el reino del punto de vista de la mujer, la destrucción de los valores sobre los que se levantado nuestra civilización. Esta ideología tiene un nombre: en los Estados Unidos se la denomina lo 'políticamente correcto'. Su apóstol, Stanley Fish, la plantea en particular como una caza de los machos blancos y de todos los valores que representan. Todo lo que, de una u otra forma, puede contribuir a eliminar a los hombres es 'políticamente correcto'. Todo lo que, por el contrario, podría demostrar en la historia o en la actualidad que los hombres juegan algún tipo de papel 'positivo' es 'políticamente incorrecto'"*. Roucaute propone un ingenioso e intraducible juego de palabras: *"Le Mal, c'est le mâle"*⁽⁵³⁾. Pero bien sea desde actitudes *integradas*, o desde posiciones *apocalípticas*⁽⁵⁴⁾, lo que todas las líneas de acercamiento a la problemática del género masculino muestran es la convicción de que los cambios sociales operados en las relaciones entre los géneros son irreversibles.

Así las cosas, si no podemos, como los norteamericanos, medir la aceleración del cambio⁽⁵⁵⁾, nos tendremos que conformar con elucidar hasta qué punto los hombres extremeños, a los que intentamos estudiar, han asumido las consecuencias que se derivan de ese cambio al que nos venimos refiriendo⁽⁵⁶⁾.

METODOLOGÍA UTILIZADA

El criterio de eficiencia ha exigido la delimitación estricta de los ámbitos tanto conceptuales como de campo, teniendo en cuenta las lógicas limitaciones de tiempo y medios. Esta delimitación incide, asimismo, tanto en la propia metodología como en la aplicación de unas u otras técnicas de investigación.

El programa se centra, así, en el análisis de las actitudes manifestadas por los hombres en su cotidianidad tanto pública como privada.

El único estudio realizado en España sobre actitudes masculinas, por encargo del Instituto de la Mujer, ya citado, fue publicado en 1988 y se hizo mediante el método de encuesta, realizándose 1.405 entrevistas en todo el territorio nacional. Constituye un elemento de referencia importante, pero queda lejano en el tiempo, y sobre todo no era posible aplicar la misma metodología, basada en encuesta, en nuestro caso.

A partir de estos condicionantes previos, el método de trabajo por el que se ha optado se basa en la realización de grupos de discusión, formados por entre 5 y 10 hombres, representativos de diversos sectores y grupos sociales en los que ejercen o puedan ejercer (en mayor o menor medida) función de liderazgo. Ante el tipo de problemática que nos ocupa, y dada la imposibilidad material de realizar una encuesta de actitudes a una muestra representativa de la población masculina objeto de estudio, el método del grupo de discusión nos parece la solución óptima. Por cuanto *"la práctica social no es nunca, tan sólo,*

discursiva; pero toda práctica social necesita del discurso, de una organización particular del sentido, el cual, a su vez, ha de desconocerse a sí mismo como práctica, ha de desconocer sus orígenes. Entre las prácticas sociales y su discurso hay siempre una interacción; el segundo no es una mera emanación de las primeras, sino que retorna sobre aquellas"⁽⁵⁷⁾. Es decir, el grupo de discusión permite incluso una retroalimentación positiva del grupo, al que obliga a tomar conciencia de ciertas actitudes latentes, contribuyendo con ello indirectamente al cambio social. Nadie sale del grupo exactamente igual a como ha entrado en el mismo. Pues, en cierto sentido, podría decirse que "el discurso del grupo es el producto de una producción"⁽⁵⁸⁾.

Por otro lado, y sin olvidar las fuertes prevenciones que hay que tener respecto de las generalizaciones al resto de la población, de las conclusiones obtenidas de los grupos de discusión, no es menos cierto que *"si la investigación (...) ha sido cuidadosamente guiada y analizada correctamente, entonces el usuario debería poder generalizar sobre otras personas con similares características"*⁽⁵⁹⁾.

Es esta una cuestión fundamental, que hace referencia a la delimitación del universo a estudiar. En este caso, se ha optado por concentrar el esfuerzo en el área que hemos considerado principal escenario de los cambios sociológicos de la región, esto es la ciudad de Badajoz, en la medida en que esta ciudad constituye la principal concentración demográfica de Extremadura. Del mismo modo que hemos centrado los grupos de discusión en aquellos sectores más influyentes de la sociedad, y que constituyen por tanto -o van a constituir en el futuro, como en el caso de los estudiantes- los grupos culturales dominantes, hemos creído que espacialmente debíamos centrarnos en la ciudad sociológica y económica-

mente más influyente de la región. Y, en este sentido, podemos considerar que las conclusiones obtenidas de los grupos de estudio pueden ser generalizadas al conjunto de los sectores dirigentes de la sociedad extremeña, los cuales nos muestran las actitudes que por medio de la modernización cultural van a ir extendiéndose en años venideros al resto de la sociedad.

Los grupos respondían a patrones sociológicos homogéneos, si bien se ha buscado en su composición interna la mayor diversidad posible en cuanto a edades, ideología, etc. Los grupos organizados han sido los siguientes: altos funcionarios de la administración, funcionarios de niveles medios, políticos, profesores universitarios, profesores de secundaria, maestros, alumnos universitarios, alumnos de secundaria, dirigentes y representantes sindicales, empresarios, periodistas y profesionales liberales. Todos ellos con edades comprendidas entre los 16 y los 50 años.

Para la realización de las sesiones, de entre una y dos horas de duración, se ha seguido el siguiente guión básico de trabajo, si bien según el desarrollo de la sesión han podido introducirse durante la misma modificaciones (por ampliación o por reducción) del guión original, en aras de obtener la máxima eficiencia en la expresión de las ideas y actitudes de los grupos. Se utilizaron dos conductores en los grupos, uno de ellos encargado de dirigir y canalizar la discusión, y el segundo de atender a las notas y grabaciones, interviniendo cuando se hacía preciso reconducir la conversación. Los tres miembros del equipo de trabajo se sucedieron intercambiando los papeles conductores en los distintos grupos. Las cuestiones planteadas al grupo han sido básicamente las siguientes:

1.- En los últimos años, la situación social de la mujer ha cambiado profundamente en muchos ámbitos de la sociedad extremeña. ¿Cómo han experimentado ustedes este cambio?, ¿en qué medida ha afectado a sus vidas?

2.- ¿Creen ustedes que los nuevos roles asumidos por las mujeres responden a sus capacidades objetivas, o acaso se está practicando una discriminación positiva hacia ellas, lo que estaría llevando en cierto modo a primar su ascenso social desde las instituciones sociales, con independencia de sus méritos individuales?

3.- ¿Hasta dónde creen ustedes que puede llegar este proceso ascendente de las mujeres? ¿Conducirá a la igualdad radical con un nuevo *contrato sexual*, llevará a provocar una inversión de papeles, o puede darse en los próximos años algún proceso de regresión?

4.- ¿Estamos asumiendo los hombres con honestidad las consecuencias que, en lo que a reparto de roles, y cambio de actitudes hacia la mujer, suponen estas transformaciones?

5.- ¿Y estamos siendo honestos en lo que se refiere a las relaciones cotidianas laborales, profesionales y de poder, con las personas del sexo opuesto?

6.- ¿Creen ustedes que todos estos cambios pueden derivar en una minusvalía de la atracción sexual entre hombres y mujeres? ¿En qué lugar quedarán el hombre y la mujer como objetos sexuales respectivos?

7.- ¿Cuál sería, en los términos que estamos discutiendo, la naturaleza del hombre en una sociedad de relaciones igualitarias?

8.- ¿Siguen quedando algunos valores, o puede haberlos, específicamente masculinos?.

APUNTES SOBRE EL CAMBIO SOCIAL EN EXTREMADURA

Si bien es cierto que no podemos disponer de datos empíricos procedentes de estudios sobre los hombres, es posible no obstante extraer algunos elementos de juicio de los estudios realizados sobre la situación de la mujer, especialmente del que nosotros mismos realizamos en 1993, así como de otros trabajos de los que podamos obtener alguna referencia. Esta aproximación es imprescindible antes de entrar a analizar los resultados del trabajo de campo.

Respecto al objeto de nuestra investigación, dos son los elementos que nos interesa considerar: de un lado, el cambio operado en lo que a *pérdida de terreno social* -de los hombres respecto de las mujeres- se refiere; de otra parte, el cambio operado en el reparto de tareas u responsabilidades en el hogar, como índice representativo de un cambio de actitudes más profundo, en el marco de las transformaciones socioeconómicas y, en la base, tecnológicas, de la sociedad.

En lo que al primer aspecto se refiere, sin duda el cambio más profundo se ha operado en el mercado de trabajo: si en 1987 el porcentaje que suponían las mujeres respecto del total de población ocupada en Extremadura era de un 23 %, en 1992 se elevaba por encima del 28 %.

Es decir, que mientras que el número de hombres ocupados se redujo en dicho periodo en términos

absolutos (pasando de 216.800 a 214.200), el número de mujeres ocupadas en un puesto de trabajo fuera del hogar se disparaba en términos absolutos, pasando de tener ocupados 66.900 puestos de trabajo, en 1987, a 84.000 en el año 1992.

Naturalmente, el cambio no ha alcanzado en Extremadura el mismo nivel de consolidación que en otras áreas y países. De hecho, ha bastado una breve recesión económica para que las mujeres trabajadoras perdiesen posiciones, siquiera de forma provisional: a principios de 1994 el número de mujeres ocupadas se había reducido a 74.600, y su participación relativa en el total de personas ocupadas en la región disminuía, sensiblemente, hasta un 26,6 %.

Aunque no hay que olvidar que este fenómeno ha sido estudiado antes en otros países, y en tales estudios se ha demostrado que, en periodos de recesión económica, es posible que se produzca una desaceleración en el proceso de cambio de actitudes respecto a la cuestión del género, esencialmente como un mecanismo familiar de respuesta adaptativa a la crisis; pero sin que ello llegue a afectar a la tendencia general que, en el análisis de series temporales más largas, se percibe en el cambio de actitudes⁽⁶⁰⁾.

Junto a la ocupación de una parte mayor de la tarta de trabajo disponible, los hombres han debido enfrentarse en Extremadura al hecho de que, *"paralelamente a la propia participación de la mujer en el mercado laboral, a lo largo de la pasada década se ha acrecentado la calidad de los puestos de trabajo ocupados por las mujeres (...). La mujer está en proceso de dominar los trabajos de mayor nivel profesional, si bien los puestos directivos siguen reservados, con sensible diferencia, a los hombres"*⁽⁶¹⁾.

Paralelamente, la mujer ha pasado a ocupar crecientes cuotas de poder. Y esto debe verse, obviamente, al estudiar las actitudes de los hombres, no sólo en términos de creciente participación de la mujer, sino especularmente en términos de *pérdida de poder y estatus* por parte de los hombres: menos hombres pueden optar hoy en día a ocupar puestos de poder, por más que la pérdida sea todavía casi insignificante en términos absolutos (pero cuando analizamos un proceso de cambio social es quizás más importante el significado cualitativo que el significativo cuantitativo). De los 65 *puestos* de la Asamblea Regional, las mujeres han ocupado en las últimas elecciones de 1991 un total de diez puestos, reduciendo, respecto de las anteriores, en siete, los puestos disponibles para los hombres.

Y este mismo proceso puede observarse en otras instituciones y áreas de poder. En nuestro estudio se presentaba un análisis crítico -en realidad, la mera exposición de los datos empíricos- sobre la distribución del poder en una institución, como la Universidad, que además de nombrarse *en femenino* está hoy mayoritariamente ocupada por las mujeres, mientras que sus órganos de poder son casi exclusivamente masculinos. Sin embargo, también aquí observábamos un cierto proceso de cambio: si en 1993 todavía una sola mujer formaba parte del Consejo Social (sobre veinte miembros), en 1988 no había ninguna; si en el gobierno de los centros propios y adscritos de la Universidad las mujeres ocupaban en 1993 un 34% de los puestos, seis años antes el porcentaje era inferior al 27%. También aquí, por tanto, se vienen reduciendo, aunque mucho más lentamente por la fuerte resistencia de los hombres, las probabilidades de hegemonía masculina.

En cuanto a lo que hace al segundo aspecto considerado -el reparto de tareas y responsabilidades-, los

cambios, aunque en apariencia pequeños, no han sido menos drásticos. Respecto de 1986, el estudio de las extremeñas de 1993 muestra que han adoptado de forma creciente *estilos* de vida tradicionalmente considerados como privativos de los hombres: desde el consumo habitual de alcohol y tabaco, a la voluntad de disfrutar de una vida sexual plena y satisfactoria lo más tempranamente posible. Leen más libros, salen con las amigas tanto de día como de noche, y cada vez están en menor porcentaje conformes con quedarse en casa viendo la tele o haciendo punto. Exigen, en suma, a sus compañeros, más en todos los sentidos; así como demuestran tener un mayor control sobre su propio cuerpo y sobre las decisiones troncales de su biografía.

Sin embargo, a la vista de los datos que en el citado estudio se recogen sobre reparto de tareas, y de su comparación con estudios anteriores, parece que en el ámbito doméstico los hombres se resisten a aplicar el discurso de *lo políticamente correcto* que, parafraseando a Roucaute, muestran tener crecientemente asumido en el ámbito de lo público. Como se expresa en el citado estudio, "*respecto de 1986, los cambios son importantes, pero no han alcanzado las proporciones que pueden observarse en otros aspectos de la situación de la mujer. De lo que se sigue que la reducción media del tiempo de trabajo doméstico hay que atribuírsela, en mayor medida, a la mejora en el equipamiento electrodoméstico familiar, que a una extensión del reparto de tareas. En otras palabras, los hombres extremeños siguen sin asumir la parte que les toca en las tareas domésticas*"⁽⁶²⁾.

En cierto modo, podría decirse que el desarrollo igualitario se ha producido con mayor intensidad en el ámbito de lo público que en el ámbito de lo privado.

En este punto, deberíamos prestar atención al ya secular proceso de creciente objetivación de las relaciones sociales. Este proceso, junto al desarrollo del Estado -como expresión máxima de la objetividad en el orden social y económico-, ha permitido sin lugar a dudas un proceso aparentemente inacabable de superación de las desigualdades sociales en todos los órdenes, pero de forma mucho más intensa en el ámbito de lo público -donde la igualdad efectiva ante la ley empieza a ser algo más que una mera proclamación-, que de lo privado -pues la sociedad civil sigue siendo el espacio de la supervivencia darwinista del más fuerte, de la guerra hobbesiana del todos contra todos a la que sólo el Leviatán pone orden-. No es ni más ni menos que a este proceso de *objetización* y contractualización de las relaciones sociales a lo que Norbert Elias denomina proceso civilizatorio.

Si aplicamos ese mismo modelo para el estudio de las relaciones entre hombres y mujeres observamos cómo, en el caso de las relaciones entre los sexos, el desarrollo del Estado ha contribuido en buena medida -desde nuestro punto de vista- a la plena incorporación de las mujeres, tanto al trabajo como a otras manifestaciones públicas⁽⁶³⁾. En cierto modo, es justamente en el ámbito de lo doméstico -que, desde la perspectiva que asumimos, bien podríamos denominar la *sociedad civil de los sexos*, esto es el espacio social en el que las normas son mucho más subjetivas, y donde no alcanza el *contrato social* que rige las relaciones sociales objetivadas a través del Estado- donde la superación de las desigualdades se manifiesta como más dificultosa⁽⁶⁴⁾.

En suma, ¿es profundo, o de carácter estructural, el cambio social aparente, o nos encontramos frente a una cierta actitud hipócrita por parte del colectivo masculino, que acepta en el ámbito de lo público,

pero resiste en el ámbito de lo privado o doméstico?. ¿Es un cambio estructural, o es un epifenómeno producto de las modas intelectuales e ideológicas del momento?. Es sobre todo ello sobre lo que pretendemos aportar algunos elementos de juicio con nuestra investigación.

LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN

En las siguientes páginas se recogen las conclusiones extraídas de los grupos de discusión celebrados. Iremos siguiendo el guión planteado en las reuniones.

3.1. En los últimos años, la situación social de la mujer ha cambiado sustancialmente en la sociedad extremeña. ¿Cómo han experimentado ustedes este cambio?, ¿En qué medida ha afectado a sus vidas?.

La evidencia y profundidad del cambio operado en los últimos años es asumida por la totalidad de los hombres que han participado en las sesiones. Ni siquiera hay serios desacuerdos en lo que hace a la intensidad del cambio, aunque -sobre todo entre los más jóvenes, así como entre los más cultos de entre los adultos- permanece un cierto discurso *feminista* que incorpora plenamente las razones femeninas y advierte sobre las limitaciones reales del cambio, que no habrían afectado todavía a las relaciones familiares más profundas, esto es las relaciones con los hijos. Aunque también es cierto que la visión que aportan los más jóvenes apunta a la percepción de un cambio también en esas relaciones básicas. Así, un alumno de secundaria nos ayuda a captar esa percepción con su descripción de la situación anterior: "*Antes estaban oprimidas por los padres y no podían salir de casa*", mientras que otro de sus compañeros de grupo apunta a la parte más traumática que dicho proceso de cambio efectivo en las relaciones ha podido generar: "*Antes veías a todas las madres de tus amigos en casa, pero ahora todas están tra-*

bajando. No sé en qué, pero todas están fuera". Probablemente sea más importante por ahora en nuestra sociedad el síndrome de *falta de madre* que el de *falta de padre* que, importado por la psicología clínica de los USA, parece inundar la literatura científica -y sobre el que no ha aparecido en nuestras sesiones referencia alguna.

Por otra parte, y sobre todo entre la población con estudios universitarios y de más edad, que salieron a estudiar fuera, en ciertos casos suele alegarse que el tipo de transformaciones en la vida cotidiana que este cambio ha acarreado habían sido ya percibidas y experimentadas en los años jóvenes. La frase "*cuando salí de casa me tuve que buscar la vida*", aunque no refleje en realidad un cambio de actitudes, sino sencillamente un cambio en los hábitos doméstico cotidianos propios de la vida en solitario, sirve para apuntar esa *experiencia*. Hasta el punto de que, en el grupo de funcionarios de alto nivel, era general la convicción de que "*la mujer ha ido cambiando hace muchísimo tiempo (...), lo que pasa es que nos hemos dado cuenta ahora, cuando están en todas partes; cuando han empezado a molestar a algunos*".

Lo que ocurre es que el cambio ha sido lento, aunque "*en las últimas décadas está adquiriendo unos niveles en los que la mujer está accediendo a los mismos puestos de trabajo que el hombre tenía acaparados hace treinta o cuarenta años*". La perspectiva es lógicamente muy distinta de la general, teniendo en cuenta que se trata de un colectivo, los altos funcionarios, que en muchas ocasiones son ya hijos de universitarios. Como lo expresa uno de ellos: "*Mis padres son los dos universitarios y tienen 74 años. Mi madre puede ser una de las primeras universitarias de este país (...); con lo que la igualdad entre hombre y mujer la he vivido desde que*

nací, en mi propia casa (...). Los dos han trabajado, los dos han aportado en la misma cuantía". Se pone una vez más de manifiesto cómo el camino hacia la igualdad pasa por el desarrollo de las oportunidades vitales, que se obtienen, fundamentalmente, a través de la educación y la capacitación.

De lo que no cabe duda es de que, a tenor de las opiniones recogidas, se está instalando en la conciencia de los hombres la convicción de que el cambio en la situación social de la mujer está beneficiando a todos a la larga: *"Yo no lavo la ropa, la lava la máquina. Pero voy haciendo cosas que hace diez años yo no hacía. Y a mí esto me está gustando. Yo le digo a mi mujer, '¿te ayudo a algo?', y siempre me contesta '¿cómo que si me ayudas!, si esto es cosa de los dos...'"* (un alto funcionario cercano a los 50 años).

Sin embargo, no tarda en salir (más lentamente y en medio de más subterfugios entre aquellos con mayor nivel cultural, y aún cuesta más hacerlo salir entre quienes están más cercanos al trabajo intelectual) la sensación de que algo se ha perdido. Los hombres son conscientes de que forman parte de los grupos generacionales a los que ha tocado asumir el cambio, en general porque no les ha quedado otro remedio (*"cuando uno se emancipa tiene que asumir otros papeles en la vida, y además uno quiere ese cambio, pero es que la propia pareja te imprime esa dinámica"*). Los diferentes discursos utilizados por unos y otros en cada sesión muestran la existencia de un *discurso consciente*, plenamente adaptado a la presión social, que podría resumirse con estas palabras de un asistente: *"El cambio me ha afectado de forma muy positiva. La lucha por la igualdad y la actitud beligerante de la mujer es vivida de forma positiva porque iguala, y el respeto redunda en respeto a tí mismo"*. Este tipo de enunciado suele ser recibido afirmativamente por todos los asistentes. Sin embar-

go, tarde o temprano emerge, bien que de forma subrepticia, el *discurso inconsciente*, reflejo del *gen egoísta* que siente perdidos ciertos privilegios o, sobre todo, cierta tranquilidad. En niveles socio-culturales más bajos suele expresarse en términos más explícitos: *"Egoístamente la situación anterior era mejor para nosotros. El cambio es 'trabajoso'"*. El siguiente nivel se expresa en términos más sibilinos: el progreso de la mujer es necesario... pero *"se sigue necesitando a la familia, ya que la familia absorbe el paro, actividades, economía..."* y, evidentemente, *"esto anterior gira en torno a la mujer"*. Hurgando un poco más aparecen otras expresiones más definitivas: *"La virilidad aún se mide por lo que llevas a casa"*, o lo que lo mismo, aunque expresado con otras palabras, y siempre referido a terceros: *"Aún queda el 'Yo tengo que ganar más que la mujer'"*. Sólo muy excepcionalmente se plantea la cuestión de forma explícita, como lo hace un ex-político al que ahora toca esperar a que su mujer llegue a las tantas después de un acto público: *"a mí, si os soy sincero, me resulta todavía muy fuerte soltar lastre de esa educación machista a la que hemos estado sometidos en la historia y en la cultura en la que nos movemos"*.

El cambio fundamental estriba, posiblemente, en la propia necesidad de justificar cualquier situación personal que no se adapte a las nuevas expectativas de rol correspondientes al grupo social de referencia. Se utilizan términos como inercia, o falta de preparación, para expresar ese conflicto de roles efectivo: *"A pesar de que los dos nos proponemos una mentalización muy grande, y de que los dos lo vemos muy positivamente, sin embargo siguen existiendo muchos aspectos, si no bastante sí con alguna inercia"* -expresa un profesor universitario. O se introduce como defensa -la percepción del etiquetado surge con mucha facilidad al tratar de estas cuestiones- la

consideración social del hecho de que el cambio en la posición de muchas mujeres sólo ha sido posible mediante la superexplotación de otras mujeres: las que se encargan del servicio doméstico.

Esto es especialmente evidente cuando atendemos a los cambios en el reparto de tareas y responsabilidades. Las cosas siguen estando claras en los casos en los que la mujer permanece en casa. Aparece incluso una cierta tendencia a defender *el derecho de las mujeres a optar por el trabajo doméstico*, que circunstancialmente suele ir acompañada de expresiones del tipo de "*el hombre no está educado para estar en la casa; seguimos dependiendo de la mujer*". Hay quién defiende la nueva posición de ama de casa en un marco de desahogo económico y liberalidad cultural, para muchas mujeres maduras que de esta forma podrían acceder tanto a una mejora en su formación como a nuevas funciones de creciente importancia, relacionadas con la educación de los hijos.

Pero, en cualquier caso, todos se esfuerzan en mostrar que hacen *algo*. A medida que aumenta el nivel socio-cultural, y especialmente si la mujer hace trabajo remunerado fuera del hogar, el reparto de tareas aparece como más intenso y, sobre todo, más asumido. Aunque hay opiniones significativas, como ésta: "*El progreso económico nos ha permitido tener una 'chica' en casa, y el resto nos lo repartimos casi a partes iguales*", especialmente significativas porque casi nadie plantea la cuestión de por qué es siempre '*una chica*' -en un solo caso, un profesor universitario recuerda que en Estados Unidos *los negros* están sustituyendo a *las chachas*. Y ello plantea una nueva cuestión, que va más allá de la denuncia, ya señalada más arriba, de que la liberación de unas mujeres supone la superexplotación de otras. Una cuestión que se percibe entre los grupos de estudiantes, y en

general entre los más jóvenes aún no plenamente emancipados: la evitación de las tareas domésticas parece que no es ya privativa de un género; salvo casos excepcionales, los jóvenes declaran que tampoco sus hermanas asumen las responsabilidades en esta materia, siempre que puedan evitarlo. Como en tantas otras cuestiones, los niveles culturales y los estatus de las familias son determinantes una vez más: a mayor nivel cultural y mejor situación socioeconómica, la probabilidad de que el rechazo de los jóvenes hacia las tareas domésticas sea independiente del género es superior. Un alumno de secundaria lo expresa de este modo: *"Ahora no existe la misma división de las labores masculinas y femeninas como antes, ahora se reparten exactamente igual. Lo mismo puede ser sacar el friegaplatos, fregar la casa, cualquiera de los dos, el niño que la niña (...). La verdad es que intentamos eludir las tareas"*. Y cuando ello no ocurre de este modo, las chicas se encargan de protestar. La posición ideológica más o menos conservadora de los padres suele ser asimismo determinante: las madres muy conservadoras transmiten su ideología intentando que los hijos no hagan nada (*"la verdad es que intento hacerlo y mi madre, por no decirte mi padre, no me lo permite y viene la religión..."*), y los padres impidiendo el acceso de las chicas a ciertas ocupaciones (*"...pero si hay que hacer cosas en el jardín, mi padre me pide ayuda a mí antes que a mi hermana"*). Del mismo modo que siguen existiendo opiniones que sitúan el rol de ama de casa en una posición mucho más cómoda, y deseada por muchas mujeres, *"especialmente ahora que les hemos puesto lavavajillas para no fregar la loza, vitrocerámica para no trabajar limpiando la cocina, microondas para no perder el tiempo guisando...está todo ya muy tecnificado"*.

En casi todos los grupos de discusión ha planeado, por otro lado, la sutil diferencia entre *ayudar* y *compartir*. Al hablar de ayuda entendemos que la carga de la responsabilidad de la administración y gestión doméstica recae en la mujer, quien delegaría en el hombre -siempre que quiera asumirlas- algunas tareas *menores*. Por el contrario, el compartir las tareas equivaldría un reparto funcional y en términos de eficiencia de las tareas y responsabilidades... aunque algunos reconocen que esa supuesta planificación eficiente de quienes dicen compartir no hace sino ocultar una preservación de los roles aprendidos en la infancia.

Esta dicotomía entre ayuda y reparto, y la contradicción que a menudo oculta el concepto de reparto funcional, se recoge muy expresivamente en algunas intervenciones. Se percibe cómo, entre quienes *ayudan*, este proceso es sentido como algo impuesto ("*es que ya la propia mujer empieza a decir: oye, que yo prefiero irme a trabajar que aguantar al niño durante nueve horas*", dice un empresario), y que en la medida en que no es plenamente interiorizado no permite a los hombres avanzar en la adquisición de habilidades. Por otro lado, las tareas asumidas no son, ni mucho menos, las fundamentales ("*Seamos sinceros: nos vamos al hiper a hacer la compra para no tener que estarnos atendiendo al niño*"), o por decirlo con mayor exactitud, las más incómodas. Algunos reconocen que son *tareas de escaparate* (limpiezas superficiales, cocina, compra...), mientras que las más incómodas, que a su vez son las que no se perciben fácilmente en su importancia, siguen siendo responsabilidad de las mujeres (lavar, planchar, guardar la ropa, ordenar armarios, hacer limpiezas en profundidad de cocinas y baños, planificar la compra...). Y en otros casos se pone de manifiesto que, en cierto modo, los hombres hacen estas tareas

a escondidas ("*...es que los hombres tendemos por la noche, para que no nos vean...*").

¿Significa todo ésto una asunción de la nueva situación incompleta, en cierto modo hipócrita, o se trata simplemente, como expresan algunos otros, de que "*quedan algunos ramalazos*"?

Seguramente tampoco pueda haber hoy una respuesta a esa pregunta que no esté sesgada por la carga del género. En cualquier caso, una conclusión se extrae con carácter bastante definitivo de las opiniones recogidas en este punto: el cambio no ha sido espontáneo, no ha sido *solidario* (en el sentido de que haya sido conducido simultáneamente por los dos sexos), sino que en cierto modo ha sido forzado por las mujeres. Como lo expresaba de forma culterana un culto participante: "*La mujer es un arroyo que arrolla*".

Pero, a la vez, si no el propio cambio, al menos la dirección del cambio creemos que, a la luz de las opiniones recogidas, es ya definitiva, o al menos así es sentida por los hombres situados en la punta de lanza del desarrollo económico y social. No parece posible la vuelta atrás, y ello apunta a cuestiones de gran importancia para el desarrollo de la sociedad, como es la preparación de los jóvenes de ambos sexos para la administración y gestión doméstica. Lo que implica la definición de un estatuto que sólo puede introyectarse a través de la educación reglada. Un estatuto de actitudes y roles que permita justamente racionalizar la administración y la gestión doméstica, para evitar el tipo de ineficacias que algunos hombres plantean que se estarían empezando a producir, a través de detalles aparentemente marginales: "*resulta que para que haya igualdad, cuando llora el niño, si se levanta uno, se tiene que levantar el otro o la otra también...lo lógico es que lo*

haga el que más tarde se tenga que levantar en cada momento (...), pero en cualquier caso hay que aclararse, llegar a acuerdos racionales". Una racionalización que, a los ojos de muchos de los participantes en las sesiones, debe adaptarse a cada pareja. Y una racionalización que, a la luz de algunas intervenciones recogidas, debe alcanzar a la estructura de la sociedad, que debe modificarse para posibilitar ese compartir tareas y responsabilidades

Y de todo ello va a derivarse, asimismo, la necesidad de profesionalizar y valorar apropiadamente, en términos tanto económicos como de estatus socioprofesional, el trabajo domiciliario, bajo riesgo de consolidar esa superexplotación de las mujeres pertenecientes a los grupos sociales más débiles, a la que se ha hecho explícita referencia en algunas sesiones. La propia complejidad creciente de la infraestructura tecnológica de los hogares, las crecientemente complejas habilidades precisas para la atención de los niños, las desiguales necesidades de unos y otros hogares, parecen apuntar a la necesidad de definir un perfil profesional para el trabajo domiciliario, que sólo pasando a través de la formación -y la contratación- reglada podría permitir, con el tiempo, la incorporación de los hombres a este tipo de trabajo.

2. ¿Los nuevos roles asumidos por las mujeres responden en todos los casos a sus capacidades objetivas, o se está practicando una discriminación positiva hacia ellas, primando su ascenso social desde las instituciones sociales con independencia de sus capacidades?

Los comentarios en torno a esta cuestión muestran, en cualquier caso, que la percepción por parte de los

hombres de la discriminación a que la mujer sigue estando sometida en el desempeño de labores públicas es nítida. Nadie de entre los participantes acepta que, desde algún sector o institución, se esté primando a la mujer. Un asistente lo expresa muy gráficamente: *"Nadie les está haciendo a las mujeres ningún favor"*. Hay plena consciencia, entre los hombres entrevistados, de que todo aquello que las mujeres consiguen en el mundo laboral, directivo o político lo obtienen en respuesta a unas capacidades objetivas y, en la mayoría de los casos, *"a pesar de..."*. Hasta tal punto este discurso está asumido que incluso se utiliza en ocasiones como justificación de desigualdades. Así, un profesor universitario justifica el hecho de que las mujeres no estén más presentes en los órganos de gobierno de la Universidad, a pesar de ser mayoría en la población universitaria, con estas palabras, que reflejan un sentir muy generalizado: *"La razón de por qué no aparecen mujeres en los cargos de la Universidad de Extremadura, es porque también se adolece por parte de las mujeres de esa inquietud a la hora de representar estos cargos"*. Aunque un joven profesor de instituto apunta la percepción contraria, reflejada también en otros tertulios de distintos grupos: *"Sigue siendo más fácil que se presenten los hombres porque la mujer tiene el trabajo de la casa, que a lo mejor ya se comparte bastante más, pero todavía condiciona a la hora de presentarse a la elección de directora"*.

Se reconoce por tanto que en los niveles directivos la discriminación en sentido negativo sigue siendo muy fuerte, aunque no siempre explícita y ni siquiera consciente, y se plantea una cuestión inquietante, y sumamente interesante desde un punto de vista sociológico: *"En los sectores directivos hay más machismo en los comportamientos"*. Sin embargo, esta situación de más intenso machismo en los niveles más altos no sería percibido del mismo modo en el

ámbito de la Administración, donde la estricta regulación normativa se alega repetidamente como una garantía para el acceso igualitario. Así, el Estado se constituiría en garante de las mujeres, como lo ha venido siendo -con todas sus limitaciones y a veces retrocesos- de todos los grupos más débiles. Una vez más, la sociedad civil se manifestaría como el reino del más fuerte, mientras que la sociedad política (de la polis, del estado como organización política) se manifestaría como el reino del derecho y de la igualdad, siquiera formal.

Sin embargo, al ahondar en los sentimientos aparece una sensación, poco explicitada, difusa y que se teme expresar: la discriminación positiva estaría dejando de percibirse -al menos en los ambientes sociales más avanzados- como una necesidad, como un paso positivo, para pasar a considerarse en cierto modo como un elemento desestabilizador del proceso de igualdad. Se asume ya plenamente -cabe insistir, de vez en cuando, en que estamos analizando a los sectores más avanzados de una sociedad urbana- que a iguales capacidades deben corresponder iguales oportunidades, pero sin discriminaciones en ningún sentido. Un empresario lo expone con las siguientes palabras, refiriéndose a los porcentajes fijos de presencia femenina en las listas electorales: *"Los porcentajes son un absurdo; primero porque supone que habrá que meter a gente que no valga para llegar a la cuota; y segundo porque si en vez de un veinticinco por ciento debe haber un cincuenta y ocho porque en esa agrupación o en esa lista la mayoría de los hombres son unos negados, pues ese porcentaje... El que valga o la que valga que esté, y quien no valga que no esté..."*. ¿Es un oscuro temor a la pérdida de posiciones? Un alto funcionario expresa de este modo la nueva situación creada por los cupos: *"para que la opinión pública no le eche en cara al partido en el gobierno que no nombra direc-*

toras generales, para que no le digan eso nombrará mujeres. Y entre las mujeres que tiene nombrará a las más competentes. Pero entonces no es exactamente elegida por sus méritos como persona, en comparación a los méritos de un hombre, sino por méritos relativos dentro de las mujeres que obligadamente tiene que meter".

No en balde la cuestión de las capacidades preocupa, e intensamente, a los hombres. El aparentemente tumultuoso ascenso de las mujeres, sus mejores rendimientos académicos, así como profesionales en muchos ámbitos, lleva a interrogarse a los hombres sobre sus propias capacidades. Prácticamente en todos los grupos de discusión ha aparecido un tema que más o menos siempre se ha planteado con las palabras que tomamos de un alto funcionario: *"En términos generales las mujeres tienen los mejores expedientes, pero los genios, los estudiantes que más destacan suelen ser hombres. Si hay una persona con matrícula éste es hombre, pero si hay diez con sobresaliente ocho serán mujeres. Es curiosa esta pirámide"*. Esta es, en general, la explicación que se asimila al hecho de que las mujeres estén copando de oposición en oposición los puestos de trabajo en la Administración Pública.

A pesar de la imagen que a menudo ofrecen en este sentido los medios de comunicación, y sobre todo la imaginería popular -cine, literatura, chistes...-, no aparece nítidamente, entre los hombres que han participado en los grupos de discusión, la conciencia de que la mujer utilice -al menos como norma- los atractivos físicos para mejorar sus posiciones. Un profesional liberal reconoce que *"en igualdad de situaciones se elige a la guapa"*, y un empresario que hace muchas selecciones de personal femenino da diversas vueltas para decir lo mismo: *"Primero he mirado las realidades cara al trabajo, y después*

venía lo demás, evidentemente, y la verdad, siempre he tomado a la que era más agraciada...". Entre los estudiantes siguen existiendo *denuncias* tradicionales en torno a estas cuestiones, hablan incluso de profesores que explícitamente discriminan positivamente a las chicas, especialmente si nos físicamente atractivas. Pero en general la impresión obtenida, tras numerosas horas de conversación en plena libertad y *camaradería masculina*, es que este tipo de situaciones no se perciben como un fenómeno de importancia.

Tal vez veamos aparecer no obstante, en el futuro, la cuestión de los/las perjudicados por la fortuna biológica en lo que a aspecto físico se refiere, como un problema a tratar en términos de derechos civiles. De hecho, en diversas intervenciones se percibe que el culto al cuerpo, el culto a la belleza, perjudica objetivamente a personas con iguales o superiores capacidades, y con el tiempo podría ser una fuerte limitación para los hombres, que en términos generales cuidan menos su aspecto exterior. Aunque un profesional argumentaba, en una de las sesiones: *"Es que tal vez la belleza, como la simpatía o el don de gentes, haya que incluirlos en los activos de las capacidades"*.

Un tema que ha aparecido repetidamente entre los más jóvenes, y que será preciso tener en cuenta en el futuro, es el del Servicio Militar. Frente a la limitación que las mujeres tienen en el embarazo para incorporarse al mercado de trabajo, los jóvenes alegan insistentemente en que la mili, que es a plazo fijo (*"y no puede planificarse, como lo de tener hijos, ahora no me apetece, no me viene bien, tal vez mañana sí"*), supone un fuerte handicap que en el futuro va a suponer un valor añadido para las mujeres que se incorporan desde los estudios al mercado de trabajo,

ya que a su juicio *"casi nadie contrata con seguridades a un joven que esté pendiente de la mili"*.

3. *¿Hasta dónde puede llegar este proceso ascendente de las mujeres?*

Hay una convicción bastante profunda de que *"esto va a más... esto no hay quien lo pare"*. Alguien lo expresa, en términos optimistas, del siguiente modo: el proceso llegará hasta un punto en que *"estas adquisiciones tendrán que parar"*, porque serán innecesarias, tal vez del mismo modo en que hoy nadie habla del sexo de los ángeles.

La percepción global es, por tanto, la del paso progresivo a una igualdad absoluta, en todos los órdenes de la vida. Sobre todo, porque la reivindicación no cesa, especialmente en la vida cotidiana, tal y como expresa un escritor: *"Es un proceso durísimo. Mi mujer reivindica a diario: 'es que yo trabajo igual que tú fuera de casa, que yo trabajo más luego, cuando llego a casa...'. La verdad es que tiene razón y entonces, poquito a poco, vamos entrando..."*. También por la mera fuerza de las cosas, según expresaba un alto funcionario: *"Las situaciones sociales suelen ser irreversibles. Los fundamentalistas vuelven a tapar la cara a las mujeres en Argelia cuando ya llevaban minifalda, pero para conseguirlo tienen que matarlas, casi una por una..."*

Pero otros expresan claramente temores. Un político lo hace con estas palabras: *"Yo voy a exámenes en oposiciones, y me asusto. Me digo: nos están comiendo..."*. Mientras que un empresario alega: *"Creo que se han invertido los papeles. Hay una agresividad, agresividad entre comillas porque no van a*

pegarte, pero en el sentido de que ahora te encuentras con que te arrollan". Algunos lo llevan, medio en serio, medio en broma, a ciertos extremos que, en el fondo, también reflejan cierto temor disimulado: *"La mujer ya parece que empieza a llevar la voz cantante -dice un joven profesor de instituto-. Empiezan a bromear contigo de una forma que antes hubiese parecido inconcebible. A mí en las últimas semanas, con lo de la película esa, no hacían más que bromearme mis compañeras: 'que vamos a acosarte, que vamos a tal'... y al final no hace gracia*". Aunque la percepción general es que, en estas cuestiones, la situación no ha variado sustancialmente todavía, al menos en capas extensas de la sociedad.

En casi todos los grupos de discusión se han puesto de manifiesto las dificultades que todavía tienen las mujeres -incluso las más emancipadas, si están casadas y especialmente si tienen hijos- para hacer ciertas cosas, en la vida cotidiana, hasta ahora privativas de los hombres, como ir solas a celebraciones y fiestas con los compañeros de trabajo, llegar tarde a casa, etc. Curiosamente, la inmensa mayoría de los hombres que han opinado sobre esta cuestión aducen que las mujeres son *"más responsables"*, y por eso no hacen esas cosas -de lo que habría que deducir que muchos de los hombres las hacen hoy con sentimiento de culpa, lo cual en sí mismo ya sería significativo del cambio-. Según se ponía de manifiesto en el estudio *Mujeres en Extremadura*, parece, a la luz de las opiniones y experiencias de los hombres, que el elemento más determinante para esta plena liberación en la vida cotidiana es la aportación económica: la mujer tiene mayores capacidades para desarrollar comportamientos hasta ahora privativos de los hombres en la medida en que aumenta la importancia de su aportación económica a la economía familiar.

En cualquier caso el *"todo se andará"* es una convicción en casi todos los grupos. Un político lo expresa en tonos ligeramente apocalípticos: *"La mujer, en cuanto ve un área en la que no puede entrar, porque es de los hombres, basta que se lo 'prohíban' para que se decida (...). Se les prohibía ir al Ejército, pues hasta que lo han conseguido no han parado, y ese proceso se dará en todo (...). Lo lógico es que tengamos una igualdad, pero por desgracia o por suerte, no lo sé, nos van a superar, porque el número de mujeres es mayor al de hombres"*.

La cuestión del número, sin embargo, no se ha planteado. Nadie de los entrevistados llegaba a los 60 años, por lo que no se enfrentan todavía, en la cotidianidad, al verdadero diferencial del número que se produce entre la población mayor de 60 años. Entre la gente joven y madura no hay conciencia todavía de este proceso, y de lo que para ellos puede llegar a significar en el futuro. Pero ese miedo al carácter minoritario de los hombres se refleja, como en la citada, en otras intervenciones, más o menos explícitamente.

Así, no cabe duda de que el punto de llegada parece claro para la mayoría que ha de ser la igualdad efectiva y total, aunque para algunos (minoritarios) ello supone *"una pérdida de roles que, cara a los niños, sería bueno mantener"*. Pero para unos pocos -un porcentaje que es de suponer será más amplio a medida que descendemos en la pirámide sociocultural- el punto de llegada es temido, efectivamente, como una *vuelta de tortilla*. En algunos casos esto se expresa en términos de temor a la pérdida de la condición dominante de algunos hombres. Las nuevas situaciones -nuevas en el sentido de que aparecen con mayor frecuencia- por las que el hombre es el que no trabaja -por falta de empleo- y la mujer *"lleva el dinero a casa"* estarían siendo, a juicio de algunos

de menor nivel cultural, antesala de una *"inversión de papeles...hablo de familias traumatizadas por eso...hacer virguerías con el marido es que el marido te friegue, te barra, te haga...y que ella esté sentada mirando"*, expresa un sindicalista a partir -alega- de ejemplos que conoce personalmente. Sin embargo, el sentimiento dominante es el de que -según expresa otro sindicalista- *"cuando sólo entra un sueldo en casa, cuando es ella la que trabaja, pues yo he visto que él tiene la propia conciencia de asumir lo que hacía ella.."*. Aunque otros que se encuentran en esta misma situación de inversión de papeles -no exactamente respecto al trabajo, sino en un sentido más amplio respecto del poder político o económico- expresan su satisfacción personal. El problema está, todavía, en el *qué dirán*. Como lo expresa un hombre cercano a los cincuenta: *"Mi madre debe pensar 'yo no he criado este hijo para que le friegue los platos a la mujer', y una tía más vieja está convencida de que mi mujer me trata como a un esclavo"*. Efectivamente, si esa anciana se ha sentido como una esclava durante su vida como mujer, forzosamente ha de tener sensibilidad para detectar este tipo de situaciones. Por lo que la clave estriba, como repetidamente aparece en muchos de los contertulios, en *"encontrar el punto de equilibrio"*. Un escritor plantea, sin convicción alguna, la cuestión: *"Yo aprendí muy joven, con un tío mío, a hacer de todo. Me amaestró lo suficiente para poder llevar al cien por cien una casa. Así que hago la comida, cocino, plancho, lavo, en fin, un caso especial. La mujer con la que convivo ahora, pues no hay ningún problema... se aprovecha de esta circunstancia"*.

Esas actitudes -y los ejemplos que suelen exponer quienes han protagonizado ya la inversión de valores- implican, ciertamente, un cierto temor por parte de sectores que no tienen plenamente asumidos todavía los nuevos roles. Un joven político sintetiza a

la perfección el proceso por el que los hombres ven la consolidación del cambio, e incluso el riesgo de una *vuelta de tortilla* en algunos aspectos de las relaciones entre los sexos: *"Se está produciendo una revolución. Ahí tenemos la carrera judicial y la carrera docente, donde hay no ya una cuota del 25%, sino que la primacía es absoluta en determinadas oposiciones, y yo creo que eso va a conformar el futuro de la sociedad porque en definitiva los maestros educan a las nuevas generaciones, y si además existe en los próximos años una predominancia de mujeres jueces eso va a ir en favor de la igualdad"*.

¿Pero es posible la igualdad total?. Para la inmensa mayoría es algo entrevisto como *natural*, siendo muy escasos los que ven algún impedimento a la misma. Sin embargo, uno de los participantes en el grupo de políticos plantea una cuestión importante: *"Yo me inclinaría a que va a haber unas áreas donde va a predominar la mujer y otras donde va a predominar el hombre. Hay sociedades mucho más avanzadas que la nuestra, y esta equiparación yo no la encuentro en ningún país"*. ¿Podiera tratarse en suma de una equiparación cualitativa -en lo esencial-, pero no cuantitativa -en lo formal-, justo al contrario de la situación actual?

En cualquier caso, no hay unanimidad en cuanto a los *plazos*. Hay mucha insistencia en que *"todo esto va a tardar mucho"*, en parte porque *"hay todavía mucho machismo latente"*, pero también, según otros, porque entre muchas mujeres *"sigue siendo el fin último casarse"*. Un escritor advierte que *"simplemente es lento porque los cambios sociales son lentos, los cambios socioculturales son siempre lentos"* y, efectivamente, no estamos asistiendo a un proceso revolucionario, sino a un proceso gradual de cambio social controlado. De hecho, diversos contertulios han apuntado hacia los jóvenes acusándoles

de que, en cierto modo, se estaría retrocediendo en este tipo de nuevas actitudes. Algunos de los más jóvenes abundan también en esta idea, pero culpan del retroceso a las propias mujeres: *"Hay chicas que llegan a la facultad dos horas tarde porque están pintándose y maquillándose, vistiéndose no para hacer una carrera sino para buscar marido. Parece mentira en esta época, pero hay mujeres que se les podría llamar machistas, que van buscando lo que ha habido siempre, no intentan independizarse ellas mismas. Van a buscar un buen marido, guapo, que gane dinero y con una carrera universitaria"*. Un alumno de instituto define esta situación con otras palabras: *"Hay una tendencia en bastantes casos por parte de las mujeres a quedarse como estaban, o sea, a muchas les gusta la vida fácil: casarse con alguien cuyo futuro esté asegurado, y despreocuparse para el resto de la vida"*. Un alto funcionario aportaba lo que entendía como una clave para entender estos procesos de aparente regresión: *"Del mismo modo que Marx decía que una cosa es pertenecer a una clase y otra muy distinta tener conciencia de ello, así una cosa es tener unos derechos, y otra muy distinta tener conciencia de tales derechos"*.

Entre los profesores universitarios se puso de manifiesto que, en buena parte, la cuestión de los plazos, de la temporización del cambio definitivo, va a ir ligada a la evolución del empleo, especialmente de las características de la jornada de trabajo, que está condenada a modificarse profundamente en los próximos veinte años. Uno de ellos apunta -no ha aparecido en ningún otro grupo- la importancia que va a adquirir en el futuro el trabajo domiciliario en el sector servicios, sobre la base de las redes telemáticas. *"Cuando un veinte, un treinta por ciento de los servicios, puedan trabajar en casa, y lo van a poder hacer muchos antes de cincuenta años, las cosas tienen que cambiar mucho"*. Y a ello hay que añadir,

según se ha señalado, la tecnificación de las tareas domésticas, así como el aumento del nivel de vida que, según un alto funcionario, *"ha conseguido que se pierdan buena parte de los cometidos más estrictamente femeninos del hogar: frotar la ropa, plancharla, zurcirle los codos, coserle los botones(...)* Ni los hombres ni las mujeres zurcen calcetines ya, nadie recose las camisas. Se gastan, se tiran y a comprar otras...". ¿Es posible por tanto que, a medio plazo, las mujeres vuelvan a estar *encerradas* en casa, pero no para atender las labores domésticas, sino trabajando en el ordenador, conectadas a Internet?.

Por otra parte, la cuestión del empleo y la jornada laboral plantea una incertidumbre en varios de los grupos de discusión. Si, como parece, estamos en un proceso de pérdida de empleos, ésto podría limitar las posibilidades de las mujeres porque los hombres se resistirían en mayor medida. A juicio de la mayoría de los intervinientes ello dependerá del tipo de legislación que se desarrolle, en la medida en que los hombres puedan permitirse *"entrar y salir del mercado de trabajo"* como lo hacen las mujeres, pero sin que ninguno de los dos pierda por ello posibilidades para la reincorporación. En opinión de algunos, probablemente asistamos incluso, cuando la legislación garantice una igualdad efectiva, *"a una tendencia de la mujer a abandonar los trabajos y a ocuparse de las tareas del hogar (...). Como está ocurriendo en Suecia, Noruega, o USA, donde voluntariamente abandonan porque les gusta más estar en casa, cuidar personalmente de los niños..."*, como apuntaba un profesor de instituto.

De hecho, podemos decir que hemos detectado una latencia en muchos de los hombres de distintos grupos de discusión, y que podríamos expresar en términos de *la tentación del hogar*: ganas de probar

ellos mismos a hacer esa salida del mercado hacia el hogar, siquiera temporalmente.

A la vista de todo lo visto, resulta obvio que para todos está claro que la transición es más fácil allí donde el trabajo y la riqueza abundan: *"aquí va a ser más difícil, porque hay menos puestos para repartir"*. Un político apunta la clave: *"En zonas marginales y barrios con mucho paro y economía sumergida, trabajan ya de hecho más las mujeres que los hombres, porque trabajan haciendo horas... Pero cuando sale va corriendo a casa a hacer la comida porque el hombre va a volver del bar, bien 'cargado', y como no tenga la comida le va a zumbar"*. Es sin duda en las escalas más bajas de la sociedad donde la tarea que queda por hacer es más profunda, sin duda porque queda previamente por hacer una primera tarea de justicia social.

Tras el análisis creemos que no hay que perder de vista el hecho de que, para muchos de los hombres entrevistados, la convicción de que *esto va para largo* constituye un bálsamo tranquilizador, aunque en ningún caso se explicita en estos mismos términos.

4. ¿Estamos asumiendo los hombres con honestidad las consecuencias que, en lo que a reparto de roles, y cambio de actitudes hacia la mujer, suponen estas transformaciones?

Se expresa la convicción de que *"muchos hombres realmente quieren el cambio"*, aunque se admite que *"hay una tendencia latente difícil de romper"*. El inconsciente *"aflora siempre"*, sobre todo gracias a la ayuda del aparato educativo (hay división de opiniones sobre el papel del sistema educativo como

transmisor de valores tradicionales en materia de género) y de los medios de comunicación de masas, que siguen prodigando imágenes sexistas.

Algunos se desvían para hablar de cómo los niños, a pesar del fuego cruzado de la publicidad, van introduciendo pequeños cambios: *"niños que juegan con muñecas y hacen casitas sin que nadie les diga nada"*. Para algunos la salvación está en la tecnología: *"juegos como los videojuegos, que no tienen sexo, van homogeneizando"*. ¿No tienen sexo los videojuegos?.

Hay para quien, en cualquier caso, las niñas siempre jugarán con muñecas, porque *"las hembras tienen esa tendencia"*. Y, siempre, la publicidad como madre de todos los males. Pero no únicamente. Alguno reconoce que *"la transmisión cultural sigue siendo dictada por los hombres: el cine transmite hombres protagonistas, dirigidos por hombres..."*.

Y la salvación, siempre, por una educación bien entendida: *"...pero la educación igualitaria + la conciencia de las mujeres de que tienen razón + la conciencia de los hombres de que no tienen razón"*.

En suma, los hombres no saben, están perdidos y son incapaces de juzgar su propia honestidad en cuanto a la asunción en profundidad de las consecuencias de lo que está ocurriendo. Pero expresan, desde luego, su voluntad de ser honestos, de incorporarse al cambio porque lo creen, en términos generales y según ya se ha señalado, necesario.

Naturalmente que se apuntan razones para poner en duda la propia honestidad. Para empezar la reflexión debemos volver al final de la pregunta anterior. Un joven profesor de instituto hace hincapie en que *"se*

sigue dando a la mujer el papel dominante en el cuidado de los hijos, en la educación de los hijos, en la custodia de los hijos cuando hay separaciones. Si se plantea una situación de paro forzoso, y se dice que en una familia sólo puede trabajar un miembro, se vería que en la mayoría de los casos sería la mujer quien se quedaría a cuidar los niños, y no sería obligada por el marido o por el compañero, sería aceptado por ella....".

Y hay quien aduce que ni siquiera las mujeres lo están haciendo con plena honestidad. Un político lo expresa de este modo simple: *"Yo no quiero ser machista, pero a la hora de coger un taladro ninguna mujer toma la decisión de ir a la ferretería a ver qué junquillo ponemos en la pared..."*. Esta crítica hacia las mujeres que se retraen de asumir los nuevos valores se repite insistentemente. En el fondo se está acusando a muchas mujeres de falta de honestidad en un juego en el que los hombres habrían ya aceptado jugar. Uno de los tertulianos expresa ese sentimiento con las siguientes palabras: *"¡Pero cómo va a cambiar esto! Tenemos las tareas compartidas al 50%, los ingresos al 50%, procuramos dar idénticas oportunidades a mi hijo que a mi hija, educarlos en estos valores, lo tenemos muy claro... pero al final mi mujer siempre acaba comprándole la muñequita de moda a la niña, y enseñándole luego a coserle los vestiditos, y no podemos echar únicamente la culpa a la publicidad, al sistema y todo eso..."*.

Del mismo modo que algunos profesores universitarios señalan la pervivencia de usos *femeninos* que dificultan un cambio hacia la igualdad efectiva, y unas relaciones entre los sexos en libertad. Refiriéndose a la utilización de su cuerpo, por algunas mujeres, para mejorar su puesto de trabajo, algunos -en franca contradicción con lo que se apuntaba en otro momento- afirman con rotundidad: *"lo hay descar-*

damente, y con ejemplos concretísimos", o "Por desgracia tengo que decir que los hay...".

Y aparece una cuestión importante, que atiza las dudas entre muchos de los contertulios sobre la propia honestidad, pero apunta a la vez a un cambio profundo en las relaciones laborales. Así, sindicalistas, empresarios, profesionales liberales, altos funcionarios... todos ellos en general reconocen que, en las relaciones laborales, son más *comprensivos* con las mujeres que con los hombres. "*¿Es ésta una actitud honesta?*", se plantean algunos. Pero unos pocos proponen una interpretación que puede ser importante desde otras perspectivas: la llegada masiva de las mujeres al mundo laboral estaría de este modo civilizando -o dulcificando, según se exprese- las relaciones jerárquicas en los centros de trabajo. Se trata de una cuestión que precisaría de análisis empíricos más detallados.

5. ¿Todos estos cambios podrían derivar en alguna especie de minusvalía en la atracción sexual entre hombres y mujeres?. ¿En qué lugar quedarán el hombre y la mujer como objetos sexuales respectivos?

Hay dos extremos, que curiosamente aparecen bastante simétricamente expresados. En un extremo la valoración de un *saldo positivo*: la vida sexual de hombres y mujeres ha ganado con el descubrimiento por la mujer de su sexualidad, las relaciones son más reales... Muy bien, pero en el otro extremo una inquietud. Expresada en términos más intelectualizados: "*En las relaciones sexuales se está desnudo, y la igualdad de la mujer puede causar inquietud. La mujer igualitaria 'compite' con el hombre también*

en la cama, y eso inquieta". Expresada en términos más simples: *"Dicen que los hombres son menos hombres",* tal vez porque *"con los nuevos métodos con tres o cuatro tíos vale. Ellas pueden manejar todo".*

Y equidistante de ambos extremos, en ambos grupos, la misma cuestión sale, espontánea, a la palestra. Expresado de dos formas no menos simétricas: *"Ha cambiado el rol; la mujer sale de marcha y liga, y eso asusta a los hombres".* Más explícitamente hacia el fondo de la cuestión: *"Es el miedo a qué hará por ahí, si está trabajando fuera. Eso puede producir inseguridad".* No parece estar el problema, frente a lo que propone la literatura popular, en el miedo a la *mujer devoradora*, que liga por sí misma y no como respuesta al estímulo masculino. El problema está, y sigue estando sin que casi se exprese con nitidez, en que quien lo haga sea la propia mujer (la de uno mismo), y fuera de casa (fuera del cuerpo de uno mismo). El asunto sigue donde estaba.

A la vista del tipo de respuestas obtenidas, podría decirse que el proceso de normalización y emancipación de la mujer está produciendo una readaptación de los hombres en cuestiones de interrelación sexual. Hay un hecho evidente, que plantea un periodista con toda nitidez: *"Hombre, yo voy por la calle y veo una tía buena y pienso que me la tiraría muy a gusto, pero mi mujer seguro que piensa lo propio cuando ve algún tío bueno... Y pienso que si yo me planteo serle infiel ella puede planteárselo también, y en esa dinámica es mejor pasar, aguantarse un poco, o no mantener relaciones de pareja".* Parece una cuestión clave, pues supone la asunción de que la mujer tiene hoy las mismas posibilidades que el hombre de mantener relaciones extraconyugales, y ello estaría conduciendo a los hombres a practicar un ejercicio de adaptación, de autocontrol, se-

gún algunos -y no desde una perspectiva religiosa-de civilización, en tanto superación de los instintos propios de la animalidad. ¿Está el miedo a la libertad sexual de las mujeres en la base de la más reciente ola de neopuritanismo?. Un sindicalista apunta que *"siempre existirá el tema de la posesividad, siempre existirá el tema de los celos; siempre habrá, por muy modernizados que estemos, un hombre que quiera a una mujer o una mujer que quiera a un hombre en exclusiva, y eso siempre se opondrá a una serie de criterios que se establezcan socialmente"*.

Una vez más la clave está en la autonomía económica, ahí está la clave del temor, el detonante que pone en marcha el proceso de adaptación a unas relaciones igualitarias más libres, que permitan superar los miedos. Un hombre lo expone con toda crudeza: *"Da miedo, desde luego...pues antes la mujer se quedaba en casa y era la pareja para siempre aunque él le estuviera poniendo los cuernos indefinidamente. Hoy día la mujer conoce a otros hombres, interviene en otra dinámica social, por el trabajo tiene acceso a otra serie de relaciones que en un momento dado pueden ser alternativa a la que tenía...Y claro, cuando una mujer trabaja se puede permitir el lujo de, en un momento dado, romper con una relación que no le es rica, para cambiarla por otra que le resulta mucho más atractiva"*.

Eso supone pasar a mirar a las mujeres en un doble plano. Sin dejar de verlas como objetos -en tanto que son objetos, formas físicas que expresan unos cánones culturales-, debe vérselas simultáneamente en su contenido intelectual. Y, a la vez, asumir que los hombres han pasado a ser vistos, también, por parte de las mujeres, con esa doble perspectiva. Fragmento de un diálogo en el grupo de funcionarios medios:

"- Antes la tía estaba ahí como tontita, sin decir nada y el tío le dice '¿bailas?', y bailaba. Y ahora si no quiere no baila.

- O te lo pide incluso

- Es que las tías ahora se van da marcha....

- Y eso puede asutar...

- ...y echa para atrás"

Un profesional liberal expresa la inquietud que ello provoca en estos términos: "...es que te están mirando...hay momentos en que dices, ¡joe!, esta tía qué potente es, cómo ataca...es decir, te da cierto reparo muchas veces, y dices qué descarada...pero hay que ir acostumbándose a estas situaciones" . Un funcionario medio ve el proceso de adaptación -que en su opinión afecta en lo que tiene de conflictivo tanto a los hombres como a las propias mujeres- en los siguientes términos: "Cuando se tienen treinta y tantos años, y están los dos trabajando, ya estás acostumbrado a ciertas cosas, tienes mucho donde elegir, y no es fácil que cedas, ceder terreno de cierta forma. Creo que habrá menos parejas, pero serán mejores, habrá menos divorcios". ¿Es un cambio, pues, no tanto en los hombres o mujeres, como en las familias como unidad social?.

El cambio operado se ve más profundo cuando los adultos miran hacia los jóvenes, aunque posiblemente esta percepción sea consustancial a todas las generaciones: "Lo veo por mis hijos, las amigas de mis hijos. Hombre, yo no creo que anden por ahí follando a pierna suelta, pero tienen un concepto de la sexualidad radicalmente distinto al nuestro" -dice un funcionario que no tiene hijas. Y los más jóvenes,

los alumnos de secundaria, corroboran que *"cuando sales y estás hasta última hora no ves más chicos que chicas, a la una sigue habiendo niñas, incluso más pequeñas que yo"*.

Aparentemente al menos, los hombres no temen la relación en el ámbito sexual con mujeres situadas en posiciones de status más elevadas. De hecho, se detecta un cambio de preferencia hacia las mujeres con las que sea factible compartir algo más que las preocupaciones por los niños, o por la decoración del cuarto de estar. Aunque, como advierte un alto funcionario, *"seguiríamos buscando a las más guapas"*. En ese mismo grupo de discusión de altos funcionarios se augura un negro porvenir, en cualquier caso, a las numerosas parejas que hoy se están formando, en las que el nivel sociocultural de la mujer está por encima de el de el hombre. Hay quien afirma incluso: *"se casan con ellos para dominarlos"*, y hay un acuerdo general entre los asistentes en que *"¡Hay una cantera de divorcios ahí!"*, o que *"Esas parejas no duran cuatro o cinco años..."*. El tema, por tanto, no está muy claro todavía. Las diferencias son muy profundas todavía entre los distintos grupos de hombres. Un escritor proclama que las nuevas relaciones sexuales derivadas de la emancipación efectiva de la mujer *"hay hombres que pueden verlas como una amenaza a su status adquirido, pero otros pueden verlo como un alivio"*.

En cualquier caso, como expresa un literato, *"es un gran paso que podamos imaginarnos esas nuevas situaciones, porque a lo mejor hay hombres que ni siquiera son capaces de imaginárselo, porque también hay unos hábitos culturales y de comportamiento a los que están acostumbrados"*. Si esto es así, es de esperar que el proceso de difusión, hacia abajo, de estos nuevos hábitos culturales y actitudes lleve a la mayoría de los hombres a alcanzar, al menos, la

capacidad de imaginarse sin conflictos internos estas nuevas situaciones.

Y por lo demás, como expresa un político, hay consciencia de que *"la mayoría de las mujeres están encantadas de que les abran la puerta, y que tengas detalles y les digas lo guapas que están (...) Hubo una época en que eso era casi un insulto (...), pero ahora estamos de vuelta porque la mujer también, en ese sentido, se ha liberado"*. El proceso de adaptación que se estaría dando lo expresaba otro participante en el grupo de políticos de esta forma: *"Pues si resulta que yo estoy trabajando contigo y nos entendemos, seas como seas, estés por encima o por debajo, pues mejor, no hay tanto problema...y si encima de que nos entendemos, afectivamente va bien, pues mejor que mejor...y si encima es hombre y mujer, pues fíjate...Osea que esto es una escala que va creciendo en la relación, primero nos conocemos y luego en el contacto pues a lo mejor se llega más lejos, o menos..."*.

6. ¿Cuál sería, en los términos que estamos discutiendo, la naturaleza del hombre en una sociedad de relaciones igualitarias?

Yves Roucaute, en su provocador ensayo, plantea en términos desgarradores el futuro postmoderno que en su opinión parece esperarnos, fundamentado en la ideología de lo *políticamente correcto*. Según este autor, el porvenir consistiría en *"una gigantesca maternidad político-social (...)* Como si deseásemos retornar a ese calor fetal que toda la historia, conducida por los hombres, había precisamente intentado mantener a distancia". Y se plantea la dificultad evidente de lograr *"seguir siendo fiel a los poe-*

tas, los filósofos y los constructores de catedrales". Exclama *"El macho ha muerto, ¡viva el hombre!"*⁽⁶⁵⁾, pero ni él pone muy claramente de manifiesto qué es el hombre, o quién es el hombre, ni parecen tenerlo muy claro aquéllos con quienes hemos hablado.

Los hombres no parecen encontrar, por ningún sitio, una supuesta naturaleza masculina. Asumido como irremediable el cambio, no se plantean otra opción que *"buscarla (la naturaleza masculina) en la parte femenina que tiene el hombre"*. Muy literario, pero alguien lo expresa en términos más dramáticos: *"Quedará sólo lo que quede de la biología"*, queriendo referirse explícitamente a la fisiología, textualmente *"al colgajo"*.

En los momentos finales de casi todas las sesiones ha aparecido una sensación generalizada de derrota, de vacío. En los niveles socioculturales más bajos no se encuentra la naturaleza del hombre por ningún sitio, si dejamos a un lado los tópicos de transmisión cultural; en los niveles más cultos se echa mano, no queda claro si como resquicio o como defensa *in extremis*, al *"subconsciente colectivo, según el cual algo hay que nos diferencia"*. ¿Qué? Y se vuelve a la fisiología o, en niveles menos cultos, a los tópicos que nadie se esfuerza en defender, sólo en expresar como muletilla: *"somos más especulativos y ellas más prácticas"*, o *"el hombre es más primario y la mujer más secundaria"*, o quizás un *"nosotros mandamos y ellas mantienen"*, pero siempre sin convicción, porque alguien se cuestiona: *"a veces pienso que las decisiones las tomamos al 50% pero otras veces creo que las toma ella a un 75%, pero te hacen creer que eres tú"*. Y hay un asentimiento colectivo.

Un empresario espera que los avances en la investigación del DNA nos permitan conocer a ciencia cierta qué de diferentes tienen los hombres, más allá de la carga cultural de la que ahora deben intentar desembarazarse. Pero ni siquiera existe seguridad de que la fuerza física se mantenga indefinidamente como parte de la naturaleza intrínseca de los hombres. Como expresaba un profesional liberal, *"bueno, tampoco es para tanto que podamos correr los 100 metros en un par de segundos menos de tiempo...eso es muy poca cosa"*. O, como venía a expresar un escritor, *"igual que las mujeres han pasado de ser cursis a ser simplemente femeninas, los hombres tenemos que pasar de ser bestias a ser simplemente masculinos"*. ¿Pero qué es eso?

Por supuesto que no es un sentimiento tan generalizado como otros que se han visto más atrás. Hay quien todavía afirma, como hace un joven sindicalista, que *"el hombre a través de la historia, a través de la literatura, ha sido guerrero, ha sido héroe, ha sido conquistador, mientras que la mujer ha sido doncella, ha sido... (...). Aunque desde luego también puede ser que acabemos todos metálicos, y entonces sí tendríamos los mismos valores, fríos con el frío y calientes con el calor...robots al final"*. Curiosamente, es entre los más jóvenes donde estas dudas se manifiestan con más intensidad, tal vez por hallarse justo en el proceso de afirmación de su propia personalidad masculina, para la que todavía no encuentran, generalizados, otros modelos que los tradicionales. Como dice un estudiante universitario, *"además fisiológicamente hay diferencias en ese aspecto y el hombre tiene una base muscular, y el hombre tiene que ser más arrogante y más... porque pasa en todas las especies, y al final somos animales... en cambio la mujer es más sensible y además se ve que hay conexiones en los dos lóbulos, y las mujeres son más sensibles..."*. Se percibe en muchas

de las respuestas de este tipo, especialmente atendiendo a la forma con que son pronunciadas, una imperiosa necesidad de hallar un modelo definido, un *pattern* al que ajustarse, para madurar sin convulsiones. De hecho otros responden a ese tipo de intervenciones: "...es que ser románticos da miedo...", e incluso aducen asimismo razones científicas: "*es que la diferencia en la fortaleza física hasta la pubertad no se nota, pero es entonces cuando en mayor medida empiezan a actuar los condicionamientos culturales, cuando el chico empieza a pegarle patadas al balón como un descosido...*". Y se replica: "*¿Y el instinto de la maternidad?. Los hombres nunca podremos parir, y esa diferencia fisiológica fundamental es la que realmente nos hace distintos*". ¿Pero distintos en qué?, ¿qué somos?. Y no hay respuestas, en ningún caso hay respuestas cuando se agotan las diferencias culturales y se pasa sobre el mar de dudas de la maternidad.

Y hay quien destaca la evidencia de que lo característico del hombre casi únicamente sería hoy el ansia de poder, como único signo posible de masculinidad, cuando ya se ha puesto de manifiesto en otros momentos de la reunión, en varios de los grupos, que son ya muchas las mujeres que, sin dejar de ser femeninas, tienen las mismas ansias de poder que los hombres. Y además -sin contar con que no está demostrado que todos los hombres tengan ansias de poder- ello ha de desaparecer con el cambio social, como desaparecerán las actividades *típicamente* femeninas y las *típicamente* masculinas. Un político decía: "*Algunos atributos femeninos también se perderían, desde luego. Esa sensibilidad tan mascada que es propia de una sociedad machista, que si ven una película lloran, cuando puede llorar cualquier persona, es porque se les educa para llorar cuando mueren los niños...Eso en una sociedad de igualdad*

se perdería, y las personas serían sensibles ya fueran hombre o mujer".

Tópicos, por tanto, o bien ojos cerrados huyendo hacia adelante, ante el terror a plantearse a fondo ¿qué es lo masculino? en unos tiempos en los que las mujeres parecen tener tan claro qué es lo femenino. Tal vez huyendo, sin querer ser conscientes de ello, hacia el concepto de androginia que Sandra Bem propuso hace dos décadas, que no obstante da pánico porque algunos contertulios lo identifican con asexuado. O, una vez más, simplemente perplejidad, ante la percepción de que, como expresaba un funcionario, *"las diferencias existen...porque si no el mundo sería muy aburrido"*. ¿Es simplemente, *chez Gilles Deleuze*, montarse sobre la ola, como el surfista, sin pararse mucho a pensar en ello?

También, por supuesto, está la evidencia de que la Historia no está escrita, ni ha terminado. Lo que los hombres parecen querer decir con sus reflexiones y confesiones en torno a esta cuestión es que la naturaleza del hombre, en una sociedad de relaciones igualitarias, sólo podremos conocerla cuando esa sociedad sea un hecho, si es que llega a serlo alguna vez.

La evidencia de los más jóvenes, buscando algún tipo de diferencia allí donde puedan encontrarla, nos sugiere que las diferencias, en el fondo, seguirán existiendo a juicio de los hombres. La cuestión estriba en que, sin duda, en ese tipo de nueva sociedad hacia la que avanzamos las diferencias de índole cultural, dejando a un lado las diferencias fisiológicas, se basarán en supuestos distintos de los actuales.

Por lo que la naturaleza del hombre será en consecuencia muy distinta de la naturaleza del hombre actual, del mismo modo que la de éste es muy distin-

ta de la del hombre del renacimiento, o el hombre de las primeras tribus de homínidos, sea cual fuese la naturaleza de aquellos.

7. ¿Siguen quedando algunos valores, o puede haberlos, específicamente masculinos?

Ontológicamente: si resulta complejo delimitar el concepto de *lo masculino* y *lo femenino*, es decir definir la naturaleza de los géneros, el asunto se complica todavía más si pretendemos definir unos supuestos valores característicos de hombres y/o mujeres. Aspecto éste que podría constituir la última defensa posible de las desigualdades.

Filogenéticamente: si la hegemonía masculina es de carácter cultural, en este caso tanto unos como otros valores supuestamente atribuibles a cada género son asimismo de índole cultural, por tanto no privativos.

Es un debate esencialmente ideológico, en el que la racionalidad democrática e ilustrada se encuentra a menudo axfisiada entre el sexismo y el feminismo radicales. Y, en este sentido, el riesgo de atribuir, sensu contrario, valores específicamente femeninos a las mujeres -valores que, desde luego, estarían éticamente por encima de los tradicionales valores *masculinos*- es que con ello se consagra la diferencia, y la diferencia siempre supone una jrarquización diferencial de los valores, no unívoca.

Luc Ferry ha planteado la cuestión hasta el fondo: *"A diferencia del animal, que está absolutamente sometido al código natural del instinto propio de su especie como mucho más que a su individualidad, los seres humanos tienen la posibilidad de emanci-*

parse, incluso de sublevarse contra su propia naturaleza. Incluso gracias a ello, es decir, substrayéndose al orden de las cosas, es como manifiestan una auténtica humanidad y acceden simultáneamente a las esferas de la ética y de la cultura"⁽⁶⁶⁾. Con esta proposición ataca explícitamente a ciertas formas de ecofeminismo radical que identifican a la mujer con la madre naturaleza, expoliada por el hombre y por instinto diferente, y que utilizan un conjunto de dicotomías que, en el fondo, no son sino las mismas que se han utilizado desde la ideología masculina más tradicional para justificar las desigualdades. Vale la pena que apuntemos algunas de estas dicotomías⁽⁶⁷⁾, pues como se verá son justamente aquellas que los hombres situados en los estratos socioculturales más avanzados están empeñados en superar, en favor de la igualdad:

ESFERA 1	ESFERA 2
Mentalidad (intelecto, espíritu, racionalidad)	Fisicalidad (cuerpo, naturaleza, materia)
Humano	No-humano, animal
Masculino	Naturaleza femenina
Producido de forma cultural e histórica	Producido de forma natural
Producción	Reproducción
Público	Privado
Transcendencia	Inmanencia
Razón	Emoción

Otra ecofeminista, Rosemary Radford Ruether, llega a proponer, a partir de estas dicotomías, que la "excesiva prioridad otorgada a lo racional" por los hombres sería fruto de su incapacidad para engen-

drar la vida. De lo cual se derivaría -no se sabe muy bien cómo a partir del exceso de racionalidad- el deseo de trascendencia del hombre, construyendo dioses⁽⁶⁸⁾. Naturalmente, subraya Ferry, *"desde el punto de vista del ecofeminismo la presunta 'emancipación' sólo puede ser una engañifla, la engañifla suprema en realidad, puesto que implica una negación simultánea de la feminidad y de la naturalidad, en beneficio de un modelo de libertad 'típicamente masculino'"*⁽⁶⁹⁾. En realidad, desde Simone de Beauvoir a Elisabeth Badinter se había venido advirtiendo de que *"a fuerza de insistir en la 'naturalidad' de la mujer, se corre sencillamente el peligro de reconducir los tópicos más trasnochados sobre la 'intuición femenina', la vocación para la maternidad y el irracionalismo de lo que muy bien podría, a partir de ese momento, figurar como 'segundo sexo'. Afirmar que la mujer es más 'natural' que el hombre es negar su libertad y, con ello, su pertenencia plena y total a la humanidad"*⁽⁷⁰⁾.

La realidad empírica va más en esta dirección. A los hombres que han participado en los grupos de discusión les cuesta identificar valores específicos de uno u otro sexo. Cuando se alcanza a ello no se trata tanto de valores, como de preferencias de orientación y de atención. O se cae en esa curiosa posición en la que el sexismo masculino más conservador coincide con el ecofeminismo más radical. Esta pregunta es, en cualquier caso, la que mayores dificultades ha encontrado en los grupos de discusión,

Es sólo insistir en la cuestión anterior, pero desde una perspectiva ligeramente distinta. Y, cuando no de miseria (*"sí, en temas de coches: el hombre elige el modelo, y la mujer el color"*), de conmiseración (*"hablemos más bien de valores que son específicos de la mujer, como el parir hijos al mundo, y entonces lo que los hombres tenemos son vacíos de lo que*

no tenemos"). El punto racional, por ahora más deseado que sentido: *"No hay valores que no sean compartibles"*.

Partimos, como decía un periodista, de que *"las mujeres saben definirse y definirnos mejor (...) Mi mujer está siempre 'los hombres sois más no sé qué, las mujeres somos más no sé qué', sin embargo nosotros ahora no sabemos definirnos"*. O, como decía otro periodista, de que *"no encontramos valores masculinos ni femeninos, porque en teoría tampoco queremos encontrarlos, porque hemos estado luchando por esa igualdad"*. Un sindicalista exponía una opinión, en la que había un acuerdo general en el grupo de discusión, muy en la línea de los planteamientos democráticos y humanistas de Ferry: *"Creo que hay valores masculinos y cualidades y calidades femeninas que son eternos y que no van a cambiar mientras el hombre sea hombre, pero si en un momento dado empezasen a dejar de existir esas virtudes, esas cualidades, sería porque se están humanizando tanto el hombre como la mujer"*. Un alto funcionario afina mucho más, adentrándose en las perfección de la lógica formal: *"Con esto de los valores masculinos y femeninos tenemos que entrar en la paradoja básica. Las generalizaciones son falsas y eso es una paradoja automática. Que las generalizaciones son falsas es una paradoja, porque si las generalizaciones son falsas, esa también es falsa, y si es falsa es mentira...y si es mentira es verdad. Y nos metemos en el círculo vicioso. Entonces, el decir que la mujer es más intuitiva y el hombre más trabajador son generalizaciones, y hay que cotejarlas como tales"*. Y diferencia claramente entre lo que serían aptitudes propias del género, que la psicología debería poder evaluar, y lo que son valores, que darían lugar a las actitudes.

Parece, no obstante, que hay una serie de valores que, sean de origen biológico o cultural, serían hoy propios de la mujer, y que los hombres envidiarían. Un político lo expresa en estos términos: *"Yo creo que la diferencia es biológica. Yo no puedo parir... ahí saltan unos sentimientos...oye, el hombre también puede ser sensible, y lo es, lo que pasa es que no tenemos coartada..."*. Citemos algunos de esas valores femeninos que han ido apareciendo en los grupos: el sentimiento profundo de la maternidad, la responsabilidad, la capacidad de renunciar a la propia vida por la de la familia, la capacidad para comunicarse entre ellas incluso de los temas más delicados... Hay demasiada dispersión como para citarlos todos, pero no cabe duda de que, al menos los hombres que han participado en los grupos de discusión, han encontrado más fácil señalar valores específicamente femeninos que masculinos. Si ello fuera extensible al conjunto de la población, parecería que en este caso el proceso hacia la androginia no pasaría por un acercamiento simétrico entre los géneros, sino únicamente por un acercamiento unidireccional, desde los componentes del rol masculino al femenino.

Como ocurría en la cuestión anterior, entre los más jóvenes se produce un proceso, aparentemente regresivo pero que puede tomarse como un proceso de readaptación en busca de un modelo que ya irremisiblemente va a ser distinto, de recuperación de los supuestos valores de género. Pero son apreciaciones muy inseguras en su expresión, con una fuerte carga dudativa.

IN-CONCLUSIONES

No cabe fácilmente el extraer conclusiones de todo lo visto hasta este momento. Y, si hablamos de in-conclusiones, es en el sentido de que, a la vista de las opiniones recogidas de un conjunto aleatorio de hombres, que representan de alguna manera a los sectores sociales más avanzados de la región, queda mucho por hacer.

En primer lugar, para conocer hasta qué punto **estos** *nuevos* valores, expresados por **estos** hombres, se extienden a todas las capas y estratos sociales, así como a todo tipo de hábitats urbanos y rurales.

Teniendo en cuenta que los hombres que han participado en la investigación, aún perteneciendo a grupos sociales que podríamos asimilar al bloque dominante en nuestra sociedad, han sido seleccionados buscando el máximo de categorías y variables diversas, representan por tanto niveles económicos, formaciones académicas, actitudes, posiciones ideológicas, adscripciones políticas y/o religiosas, muy distintas. Por lo que bien podríamos considerarlos representativos -en conjunto y en la medida en que de ellos hemos extraído un *paquete cognitivo* que podría ser asumido por todos ellos por igual- de los valores que estarían, ahora mismo, en proceso de situarse como dominantes.

I

Si hubiese que sintetizar en una frase las casi veinte horas de debate que se recogen en los anexos, y de

las que se han recogido aquí los aspectos más esenciales, podríamos hacerlo de esta forma: **el hombre, ya derrotado como grupo moralmente hegemónico, está contando los minutos que le quedan como elemento socialmente hegemónico. E intenta aprovechar, cada vez más nervioso y asustado, el tiempo que le queda, para intentar comprender la nueva situación que se le viene encima, y adaptarse a ella.**

Dicho en otros términos, y según reza el título de este libro, **los hombres están perplejos...pero dispuestos.**

En primer lugar, **en todos los casos son plenamente conscientes, y lo han asumido como algo positivo, de la profundidad del cambio social que han protagonizado las mujeres.** En muchos casos han *acompañado* y ayudado a empujar el cambio, en otros muchos les ha resultado un cambio sobrevenido, inesperado incluso, pero casi siempre lo ven, al menos, con simpatía. Y, en la mayoría de los casos, proponen que en el fondo se han visto, también ellos, beneficiados por el cambio, han visto enriquecerse su propia vida cotidiana, aliviados de una carga que sentían que no les pertenecía.

Queda, ciertamente, en algunos ámbitos, la sensación de que algo se ha perdido -incluso la duda de si es un cambio a mejor-, y sobre todo son conscientes, en la mayoría de los casos, de que los residuos culturales que quedan pesan todavía mucho, y les dificultan a diario una plena adaptación. Existe incluso un cierto resquemor hacia las políticas de discriminación positiva; no entienden, en esos casos, el hecho de que, asumiendo ellos mismos la evidencia del cambio, y existiendo cada vez más campos en los que el dominio de la mujer se muestra como eviden-

te, se tenga que primar a las mujeres por el hecho de ser mujeres, con independencia de su capacidad objetiva. Incluso acusan a las mujeres, como colectivo, de que no siempre la propia mujer está respondiendo a las demandas, de que muchas de ellas siguen refugiándose en el machismo como estrategia de adaptación. Pero está extendida la convicción de que, sea como sea, **esto no puede pararse, va a más.**

Este proceso de cambio ha de seguir, a juicio de la mayoría de los consultados, hasta que estas disquisiciones que ahora nos ocupan no tengan ya sentido, por innecesarias. **Están dispuestos, y esperan la implantación de una igualdad absoluta, no sólo legal-formal.** *Saben* que la mujer va a acceder, tarde o temprano, a todos los sectores por igual, a todos los ámbitos de poder por igual.

Lo cual no deja de provocarles ciertos temores. **Aún aceptando la inevitabilidad del cambio, la necesidad del cambio, lo esperan con inseguridad, a veces incluso asustados.** Aunque los más jóvenes están ya aprendiendo a convivir, si no plenamente con los nuevos valores colectivos, sí con las demandas femeninas que traen estos nuevos valores. Justamente en esta disfunción entre el comportamiento de las chicas, y los escasos modelos nuevos de valores masculinos todavía en circulación, puede estar provocando cierta confusión entre los jóvenes. Se está retrasando demasiado la construcción de un *pattern* apropiado para los más jóvenes, y de ello el sistema educativo es sin duda el principal responsable. Se está abandonando esta responsabilidad a los *mass media*, y éstos ofrecen un caleidoscopio inútil.

Tal vez ese temor sea la causa última de que, **siendo conscientes de ello, los hombres conservan lo que en casi todos los casos denominan *ramalazos*,** y

cuya pervivencia atribuyen casi también por unanimidad a la educación recibida, a los modelos observados en sus antecesores, a los valores sexistas -o machistas- hasta hoy imperantes. Pero tampoco deja de ser cierto que **los hay ya que ofrecen modelos actitudinales y de comportamiento que podrían servir para la educación de los jóvenes.**

Efectivamente, y aún no siendo legión, tampoco son ya raros los hombres que comparten al completo las tareas domésticas; que no hacen dejación alguna de las responsabilidades para con los hijos, en todos los sentidos; que se expresan y relacionan con sus parejas en términos de absoluta igualdad y libertad... y que se sienten bien, muy bien, con todo ello. Incluso quiénes se encuentran en una posición de status (económico, laboral, académico, político...) inferior a la de sus parejas, y no sufren por ello (o al menos así lo expresan) más de lo que sufrirían porque su mejor amigo les aventajase. En algunos casos aún les preocupa un poquito, en lo más hondo, el *qué dirán*, pero parecen sobrellevarlo bastante bien.

Todo ello sin que sea óbice, tampoco, para que los hombres reconozcan los muchos ámbitos en los que a la mujer aún no se le permite un comportamiento en auténtica libertad. De ahí que no haya unanimidad en cuanto a los **plazos**, que en general se estiman largos para alcanzar la igualdad efectiva total y para que se produzca a nivel de valores dominantes una inversión completa. Incluso algunos creen que, tal y como está ocurriendo con los integristas en los países árabes, puedan producirse retrocesos, especialmente en momentos de grave crisis económica en los que la competencia por el empleo escaso puede llegar a ser muy dura. Y nuevas cuestiones como el propio reparto de trabajo, el trabajo domiciliario en redes telemáticas, la tecnificación de los hogares, la propia *tentación del hogar* -como se ha denomi-

nado al retorno al hogar, en otros países más desarrollados, de muchas mujeres emancipadas, incluso de alto status-, pueden hacer variar tanto las cosas, que probablemente a veinte años vista nada de lo que hayamos podido preveer hoy sea como lo hemos previsto. De hecho, hemos detectado que, **para muchos hombres, la convicción de esto va para largo constituye un bálsamo tranquilizador.**

Al hacer un autoanálisis los hombres están perdidos, son incapaces de juzgar su propia honestidad, aunque expresan repetidamente su voluntad de ser honestos. Tanto en su casa, con su compañera, sus hijos, sus hijas, como en el trabajo, con sus compañeras, con sus jefas y sus subordinadas. El problema es que, **en el marasmo de valores, en el paso de lo viejo a lo nuevo, les resulta difícil alcanzar qué es ser honesto en estas cuestiones.** Pero no creen serlo, en cualquier caso, en menor medida que las mujeres, a muchas de las cuales acusan de ser más responsables que los hombres de la pervivencia de los valores y actitudes caducos, **esas mujeres que no dejan morir al macho.**

Nadie tiene muy claro cómo pueden afectar todos estos cambios, cómo están afectando ya, a la sexualidad. En lo único en lo que hay acuerdo es en que, sean cuales sean las relaciones entre hombres y mujeres en el futuro, **nunca desaparecerán ni el atractivo ni el impulso sexual entre los sexos,** ni siquiera aunque llegase a generalizarse el modelo andrógino de persona, en lo que a valores y actitudes se refiere. Pero, fuera de este acuerdo, hallamos en un extremo a los más *integrados*, para quienes su vida sexual ha ganado con el descubrimiento por la mujer de su sexualidad y de sus derechos; y en el otro extremo a los *apocalípticos*, a quienes causa inquietud **la mujer igualitaria que compite con el hombre, también en la cama.** Pero sobre todo asusta el

hecho de que las mujeres estén fuera de casa, esos miles de años de falta de entrenamiento en el esperar a que vuelva la pareja, dónde estará, con quién estará, qué hará por ahí... Y el miedo y la inquietud es mayor en la medida en que la mujer alcance mayor autonomía económica. Porque entonces ya no vale el '*esto es lo que hay*', sino que cabe el '*busque, compare, y...*'.

Dicen estar aprendiendo -y esto es generalizable a la práctica totalidad de los hombres que han participado en los grupos- a **mirar a las mujeres en un doble plano**: sin dejar de verlas en tanto objetos para el placer, verlas simultáneamente en tanto seres pensantes y con plena capacidad de decisión, así como de elección de su propio objeto de placer. Esto es, **ser mirados** también en ese doble plano por ellas. Esta posibilidad de elección produce pánico en algunos hombres, ese sentirse observados, sopesados, medidos, escrutados... algo que sin duda sonará muy cotidiano a muchas mujeres. Porque además, en general son conscientes de que la nueva femineidad implica recuperar los detalles, la galantería... De forma que, para muchos de ellos, la situación es equivalente a la de querer cuadrar un círculo, aunque también son conscientes de que, como sea, tendrán que cuadrarlo.

Todos tienen claro, como Yves Roucaute, que "*¡El macho ha muerto!, ¡viva el hombre!*", y delimitan bastante bien qué es el macho. Pero, en esta tesitura, ¿qué es el hombre?. **Los hombres no parecen encontrar, por ningún sitio, una supuesta naturaleza masculina que no sea familiarmente cercana a la del macho.**

Hay en este punto una fuerte sensación de derrota, de vacío, y parece que **sólo con lo que de femenino**

el hombre ha venido tirando por la borda, durante siglos, puede recomponerse el puzzle de una naturaleza masculina. En eso, y en la fisiología, estaría la diferencia. Algunos hombres lo expresan con cierto patetismo: "*¿Qué nos diferencia, aparte del colgajo?*". Otros confían en que el DNA nos aporte algún dato fiable. Y los hay por supuesto, aunque ya escasos entre los entrevistados, que siguen fijando la masculinidad en los valores tradicionales: fuerza, dominio... Y lo más grave, lo que más les desconcierta a la mayoría de los hombres, es que **las mujeres parecen tienen muy claro qué es lo femenino,** y hasta qué es lo masculino: "*¡Preguntadles a ellas!*". Habrá que esperar sin duda al desarrollo de la Historia. A posteriori podremos evaluar, sin lugar a dudas, cuál era la naturaleza del hombre avanzado de finales del siglo XX, qué valores están aportando -sin ser plenamente conscientes de ello- a la nueva sociedad emergente, bien como propios o bien -según coinciden quienes aportan una visión más avanzada- como valores de la especie. Pero aquí el debate sigue abierto....

II

En cualquier caso pudiera parecer factible, a partir de los datos extraídos de esta primera aproximación, el conseguir que, en el conjunto de la sociedad extremeña, se generalicen los nuevos valores y actitudes que estos hombres están ya incorporando a su imagen del mundo. Debemos contar con que el mero proceso de difusión cultural, de adaptación de los diversos grupos sociales a los valores del grupo dominante, produzca a medio y largo plazo dicha transformación. Sin embargo, parece más razonable intentar acelerar ese proceso, e incluso canalizarlo con el fin de intentar evitar en lo posible la anomia que se derivaría de la incapacidad de adaptación al mismo de algunos grupos sociales. Crisis de identifica-

ción y de valores entre los jóvenes, conflictos de carácter sexual entre los adultos, agudización de la violencia intersexual, creemos que son algunos de los problemas que la inadaptación al proceso de cambio podría provocar.

Por una parte, esta pequeña investigación ha abierto una serie de líneas para futuros trabajos, en torno a cuestiones que surgen como primordiales. Y, por otra parte ha quedado repetidamente puesta de manifiesto la importancia que la educación tiene en el cambio de actitudes. Atendiendo a estos dos aspectos creemos que puede incidirse en la dirección y velocidad del cambio. De ahí que estimemos necesarios diversos programas.

En lo que se refiere a futuras líneas concretas de investigación, creemos de especial relevancia, y de particular urgencia, las siguientes:

- Se ha dicho en los grupos de discusión que la incorporación masiva de la mujer al trabajo de mercado ha supuesto una cierta *dulcificación* de las relaciones laborales, incluso de las más jerárquicas, en los centros de trabajo. Sería especialmente interesante, tanto desde la psicología del género como sobre todo desde el marco de la sociología del trabajo el analizar hasta qué punto es cierto, en qué medida la incorporación de la mujer ha supuesto un proceso civilizador de las relaciones laborales.

- En los grupos de jóvenes ha aparecido, aunque sólo de forma latente, un cierto síndrome de '*falta de madre*', a pesar de que la literatura científica se ocupa en exclusividad, en especial en los últimos tiempos, del síndrome de falta de padre. Sería particularmente interesante para la psicología social una investigación que profundice en estos aspectos: ¿es percibido

como tal dicho síndrome, como diferenciado del de falta de padre?, ¿está teniendo algún tipo de efectos en los adolescentes?, ¿puede tener alguna influencia en sus comportamientos adultos en el marco de los grupos sociales?

- Aunque los diversos estudios sobre la situación de la mujer -como el que en cierto modo dió origen a este trabajo- se ocupan del tiempo de trabajo, del reparto de tareas domésticas, etc, está por hacer un estudio en profundidad sobre el trabajo domiciliario, tanto en la región como en el conjunto nacional. ¿Es cierto que la liberación de las mujeres de la clase media sólo es posible con la superexplotación de otras mujeres, como se pone de manifiesto en algunos grupos de discusión?

III

En cuanto al tipo de programas que deberían derivarse de las in-conclusiones que hemos repasado, el más importante constituye también, de hecho, un programa de investigación.

Se trataría de poner en marcha un programa inter-anual de investigación, basado en la realización de paneles transversales (que midan la evolución de las distintas cohortes y generaciones), de carácter anual, que permitan analizar la dimensión y la dirección del cambio de ciertas actitudes, tanto en hombres como en mujeres, a partir de escalas de actitudes⁽⁷¹⁾. En realidad se trataría de hacer la biografía, de año en año, de las actitudes y comportamientos intersexuales de una misma muestra seleccionada inicialmente de forma aleatoria.

Por otro lado, se ha puesto de manifiesto que, junto a la identificación con representaciones de la realidad

-ese proceso que se adquiere con la educación-, en una parte importante el cambio se produce por interés del hombre, en evitación de conflictos frente a la presión de las mujeres. Esta vía queda por tanto abierta, y por tanto -especialmente orientadas hacia los grupos masculinos de menor nivel cultural y mayor edad-, sería preciso realizar campañas de concienciación sobre el interés de adoptar las nuevas actitudes y valores. Una vía novedosa sobre la que valdría la pena experimentar sería la promoción de *asociaciones de hombres concernidos*, que colaborasen tanto a la difusión de los nuevos valores como a la formación y preparación informal de los hombres adultos, realizando cursos de gestión y administración doméstica, de puericultura, etc.

Se ha visto, asimismo, cómo los jóvenes, casi con independencia del sexo pero con mayor intensidad entre los varones, desprecian por completo las tareas domésticas. Los padres, debido tanto posiblemente al marasmo de valores como a un cálculo poco afortunado del coste/beneficio, han hecho dejación de la tarea de inculcar, como parte de la educación de los jóvenes, la preparación para la administración y gestión doméstica. En el caso de los jóvenes estas cuestiones deberían incluirse dentro de la formación reglada.

Se propone asimismo, a la luz de las opiniones recogidas en los grupos de discusión, la realización de *campañas de educación, diálogo y debate*. El objetivo de las mismas sería el conseguir que las chicas se acostumbren a debatir sus problemas de igual a igual con los chicos. Podría basarse en la realización de grupos de discusión y mesas redondas (protagonizadas por los propios alumnos y alumnas) en los cursos superiores de los colegios, en los institutos e incluso en la universidad.

Asimismo se plantea la necesidad de profesionalizar, reglar y controlar la asistencia domiciliaria, con el fin de evitar que la liberación de unas mujeres se produzca a costa de la superexplotación de otras. Ello implicaría, obviamente, también el fomento del empleo en trabajo domiciliario entre los hombres parados, incorporándolos a cursos de formación ocupacional que abarquen estas materias.

NOTAS

1. Baigorri (dir.), Buendía, Cortés, Fernández y Luna, *Mujeres en Extremadura*, Dirección General de la Mujer, Mérida, 1993, p. 223
2. Aida K. Tomeh, Leslei Street, 'The structure of sex role attitudes. A factorial analysis', *HUMBOLDT JOURNAL OF SOCIAL RELATIONS*, 7:2, 1980, p.99
3. *Ibíd*em, p. 227
4. Ralf Dahrendorf, *El conflicto social moderno*, Editorial Mondadori, Barcelona, 1990, pag. 78
5. K.Oppenheim Mason, Yu-Hsia Lu, 'Attitudes toward women's familial roles: changes in the United States, 1977-1985', *GENDER&SOCIETY*, Vol. 2 No.1, 1988, pp.39-57
6. También es cierto que otras investigaciones, también en Norteamérica, han mostrado que las primeras fases de los periodos de las olas conservadoras sí suponen una restricción importante en el proceso de cambio de actitudes, especialmente entre los grupos sociales menos dotados educacionalmente. Así se ha puesto de manifiesto en Cherlin&Barnhouse, *Trends in United States Men's and Women's sex-role attitudes: 1972 to 1978* (*AMERICAN SOCIOLOGICAL REVIEW*, 1981, Vol. 46, agosto, pp. 453-460), donde se muestra cómo mientras el proceso de cambio apenas se reduce en la segunda mitad de los '70 -coincidiendo con el inicio de una oleada conservadora- entre los blancos, sí que se observa, sin embargo, un estancamiento entre la población negra. En el caso español esta ralentización del proceso de cambio de actitudes podría darse también, por tanto, entre los grupos sociales menos formados, en los próximos años, tras el giro político e ideológico de tendencia conservadora iniciado en nuestro país.
7. No hay que olvidar que durante años se ha hablado de la crisis de identidad femenina manifestada entre las mujeres que

accedían a roles particularmente tenidos por *masculinos*, siendo el caso más paradigmático el de las deportistas de élite. Hoy se acepta, sin embargo, que no ha existido tal crisis identificativa, sino un mero conflicto de roles que se ha venido minimizando a medida que se ha avanzado en la desintegración de la estructura de roles de género.

8. Aguñiña, Sebastián y Moreno, 'La androginia y el ajuste de pareja', en *Estudios de Psicología*, 32, 1987, pp. 31-43

9. S. de Beauvoir, *Le deuxième sexe*, Gallimard, Folio-Essais, Paris, p.32

10. Por supuesto que es igual de importante la asunción de estos presupuestos por parte de las mujeres, pero son las actitudes de los hombres las que intentamos analizar en este trabajo.

11. Luc Ferry, *El nuevo orden ecológico*, Tusquets, Barcelona, 1994, pag. 186

12. El derecho a la intervención masculina en el feminismo viene dado -además de por el hecho de tratarse de un asunto de interés para la especie en su conjunto- por la evidencia empírica de que los grandes cambios sociales -revoluciones incluídas- sólo se producen cuando parte de las élites dominantes *traicionan* el orden establecido y se integran plenamente en el bloque que protagoniza el cambio.

13. L.Ferry, op.cit., pag. 175

14. Herb Golberg, *Hombres, hombres. Trampas y mitos de la masculinidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1992 (la edición original es de 1976), pag. 17

15. íbidem. pag. 20

16. Tomeh & Street, op.cit, p.99

17. Karen A. Miller, 'The effects of Industrialization on Men's Attitudes Toward the Extended Family and Women's Rights: A Cross-national study', *JOURNAL OF MARRIAGE AND THE FAMILY*, Febrero 1984, pp. 153-160

18. Mason & Lu, op.cit. p. 41

19. Para una revisión de lo fundamental de estas teorías puede verse G.Becker, *Tratado sobre la familia*, Alianza Universidad, Madrid, 1987. Para la versión española de las mismas, L.Garrido y E.Gil (eds.), *Estrategias Familiares*, Alianza Universidad, Madrid, 1993; especialmente el capítulo introductorio de los propios Garrido y Gil (pp.13-33)
20. Los sociobiologistas hablan sin ambages de la *maximización reproductiva* como fundamento de las estrategias de la acción social.
21. Milton y Rose Friedman, *Libertad de Elegir*. Orbis, Barcelona, 1983, p.197
22. Garrido y Gil, op.cit. pp. 29-30
23. M.Weber, 'Social Action and Social Relationship', en Thompson&Tunstall (eds.), *Sociological Perspectives. Readings*, Penguin Books, Harmondsworth, 1971, pp.128-144
24. G.C.Homans, 'El conductismo y después del conductismo', en A.Giddens y otros, *La teoría social hoy*, Alianza Universidad, Madrid, 1990, pag. 86
25. J.M.Rodríguez Rodríguez, 'Inversión en capital humano e ingresos de hombres y mujeres', en Garrido y Gil, op.cit. pag. 60
26. Ibidem. p. 61
27. Michel Maffesoli, 'La socialidad en la postmodernidad', en G.Vattimo y otros, *En torno a la postmodernidad*, Anthropos, Barcelona, 1994, pag. 108
28. F.Savater, 'El pesimismo ilustrado', en G.Vattimo, op.cit. pag. 128
29. Kenett J. Arrow, *Elección social y valores individuales*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1994, pag. 29 (sobre la edición de 1970)
30. Citado en W.C.Mitchell, *The Backward of Spendig Money and Other Essays*, McGraw-Hill, Nueva York, 1937, p. 184

31. Damián Salcedo, *Elección social y desigualdad económica*, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, Barcelona, 1994, p. 13
32. Karl Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 1981, pag. 136¿?
33. R.Dahrendorf, *El conflicto social moderno*. Mondadori, Barcelona, 1990, p. 35
34. P.L.Berger&H.Kellner, *La reinterpretación de la Sociología*, Espasa-Calpe, Madrid, 1985, pag. 36
35. Y ello a pesar de que el programa del materialismo cultural de Harris sea uno de los más contrarios al pluralismo cognitivo que aquí defendemos.
36. Crisis de la energía fósil, desarrollo de la *energía informacional* de caracter virtual... en suma paso de una energía bruta y compulsivamente consumida a unas energías blandas y administradas casi en términos de economía doméstica.
37. Louis Kriesberg, *Sociología de los conflictos sociales*, Trillas, México, 1975, pag. 78
38. John Rex, *El conflicto social*, Siglo XXI, Madrid, 1981, pag. 124
39. Norbert Elías plantea una interesante hipótesis, en su estudio sobre 'El deporte como coto masculino', según la cual "*las posibilidades de dominación por parte de los hombres debidas a su fuerza y capacidad para luchar varían en sentido contrario al del desarrollo tecnológico*" (en N.Eliás & E.Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p.326); o lo que es lo mismo, la *excusa de la guerra* basada en la fuerza física, que según Marvin Harris fundamentó el origen de la desigualdad, habría perdido su poder de convicción. La existencia de conflictos como el de la antigua Yugoslavia, en países civilizados, al par que parece poner en entredicho dicha hipótesis, apunta la necesidad de investigar sobre la misma, y especialmente sobre los caminos de *reversión a la fuerza bruta* que conllevan nuevamente la reducción de las mujeres al mero concepto de mercancía y/o descanso del guerrero.

40. Desde luego no siempre diádico, pues no se trata únicamente de los conflictos de pareja, sino que intervienen otros agentes con sus propios intereses, como los hijos o el resto de la familia

41. Una de las escasas excepciones sería Myron Brenton, *American Male*, Greenwich, Conn., Fawcett Publications Inc., 1966

42. El escaso interés que este tema despierta entre los investigadores españoles queda demostrado por la práctica inexistencia de traducciones de estudios extranjeros, al contrario de lo que ocurre con otros objetos de estudio, como por ejemplo *las mujeres*, o incluso las relaciones entre ambos sexos (aunque en este caso abundan los ensayos de tipo especulativo o psicodivulgativo -autoayuda y relaciones interpersonales-, pero las obras científicas son también muy escasas).

43. En esta literatura predomina la investigación empírica basada en métodos de encuesta.

44. Algunos trabajos que hemos podido consultar: J.Farley, J.Brewer & S.Fine, *Women's values: changing faster than men's?*; G.Jones & C. Nagy, *Changes in Sexist Attitudes Toward Women During Introductory Women's and Men's Studies Courses*; L.Waite, F.Kobrin & Ch. Witsberger, *Nonfamily living and the erosion of traditional family orientations among young adults*; R.Heimovics & R. Herman, *Gender and the Attributions of Chief Executive Responsibility for Successful or Unsuccessful Organizational Outcomes*; Y.Stolk & P.Brotherton, *Attitudes Towards Single Women*; L. Glennon, *Women and Dualism: A Sociology of Knowledge Analysis*; Karen Miller, *The Effects of Industrialization on Men's Attitudes Toward the Extended Family and Women's Rights: a Cross-national Study*; C.H. Browner, *Gender Roles and Social Change: A Mexican Case Study*; F. Willits & R. Funk, *Prior College Experience and Attitude Change During The Middle Years: A Panel Study*; John Kremer, Carol Curry, *Attitudes Toward Women in Northern Ireland*; A.Cherlin, P. Barnhouse, *Trends in United States Men's Women's sex-role attitudes: 1972 to 1978*; K.Oppenheim, Yu-Hsia Lu, *Attitudes Toward Women's Familial Roles: Changes in the United States, 1977-1985*; Aida Tomeh, Leslie Street, *The structure of sex role attitudes. A factorial analysis*; J.Lorence, *A test of Gender and Job Models of Sex Differences in Job Involvement*.

45. Inner, *Los hombres españoles*, Ministerio de Asuntos Sociales/Instituto de la Mujer, Madrid, 1988
46. Una de las primeras compilaciones de escalas puede verse en C.S. Beere, *Women and women's issues: A handbook of test and measures*, Jossey-Bass, California, 1979
47. VVAA, 'La estructura de autoridad en la familia española', *Revista Española de la Opinión Pública*, nº 6, oct-dic. 1966, pp. 401-410
48. FOESSA, *Informe sociológico sobre la situación social de España*, Editorial Euramérica, Madrid, 1970, p. 136. El cuestionario utilizado en el propio informe FOESSA no recogía preguntas sobre estas cuestiones (vid. pp. 1397 y ss.)
49. El número 32 (1987) de ESTUDIOS DE PSICOLOGÍA recoge algunos interesantes trabajos españoles sobre la materia, además de una 'Guía documental sobre reoles sexuales' (pp.95-108) en la que se recogen las principales aportaciones españolas y extranjeras.
50. C.Aguíñiga, J.Sebastián y B.Moreno, op.cit. p.31
51. Ibidem, p.42
52. Herb Goldberg, *Hombres, hombres. Trampas y mitos de la masculinidad*, Ediciones TH, Madrid, 1992, p. 15 (la edición americana data de 1976. Goldberg ha publicado desde entonces en EEUU al menos otros cuatro libros sobre la materia)
53. I. Roucaute, *Discours sur les femmes qui en font un peu trop*, Plon, Paris, 1993, p. 11
54. Utilizando la ya clásica terminología dicotómica utilizada por Umberto Eco para describir las actitudes ante los cambios culturales en *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*.
55. D. R. Hoge, en "Changes in college students' valuea patterns in the 1950's, 1960's, and 1970's" (*Sociology of Education*, 49, abril 1976, pp. 155-163), mostraba que, entre los estudiantes de Michigan, los valores en cuanto a expectativas de ocupación ideal habían cambiado mucho más rápidamente

entre las mujeres que entre los hombres. Este tipo de comparaciones, que por lo demás no aportan demasiado a una teoría general sobre género y cambio social, no podemos hacerlas en España, y menos aún en Extremadura.

56. Naturalmente, en tanto no podemos utilizar complementariamente técnicas cuantitativas, tampoco en el futuro podremos hacer mediciones respecto a la situación actual, tal y como pudimos hacer en 1993, respecto de 1986, en lo que hace a la situación de la mujer.

57. M.Canales y A.Peinado, 'Grupos de discusión', en Delgado y Gutiérrez (coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis, Madrid, 1994, pag. 288

58. Jesús Ibañez, *Más allá de la Sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*, Siglo XXI, Madrid, 1979, pag. 261

59. Richard A. Krueger, *El grupo de discusión*, Pirámide, Madrid, 1991, p. 49

60. K.Oppenheim Mason, Yu-Hsia Lu, "Attitudes Toward Women's Familial Roles: Changes in The United States, 1977-1985", *Gender & Society*, Vol.2 No.1, Marzo 1988, p. 41

61. *Mujeres en Extremadura*, op.cit. pp. 71 y 72

62. *Mujeres en Extremadura*, op.cit. pag. 99

63. Esta tesis se defiende, aunque con un sentido bien distinto, en Luis Garrido, *La doble biografía de la mujer en España*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1993

64. Si esto es así, quedaría demostrada la necesidad, que se apuntará más adelante, del desarrollo de modos de relación familiar de carácter contractual, bajo la garantía del Estado. De hecho, la creciente problemática en torno a las rupturas matrimoniales es previsible que lleve a la aparición de este tipo de *contratos familiares*, en los que del mismo modo que ya se regulan las posesiones materiales, se fijen los roles, reparto de cargas y responsabilidades, derechos sexuales de los contrayentes, etc.. Muchos de los graves problemas que en hombres, mujeres e hijos, hoy provoca la aplicación automática y matemática de la ley en los procesos de separación y divorcio, po-

drían superarse mediante la existencia de tales contratos fundacionales de las familias, únicos textos que pueden recoger la enorme diversidad de situaciones posibles.

65. Y.Roucaute, *Discourse...* op.cit. pag. 12

66. L.Ferry, *El nuevo orden ecológico*, p. 174

67. Propuestas por Val Plumwood, en 'Ecofeminism. An overview and discussion of positions and arguments', *Australian Journal Of Philosophy*, junio 1986

68. R.Radford Ruether, *The death of nature. Women, ecology and scientific revolution*, Harper & Row, 1980, p. 1

69. L.Ferry, op.cit. p. 185

70. Ibidem. p. 186

71. Estos paneles podrían utilizarse para conocer otros aspectos de los comportamientos y hábitos sociales y culturales de la población, rentabilizando así en mayor medida su coste.